

Los monumentos megalíticos y la articulación del espacio cantábrico por las comunidades campesinas éuskaras

D. Xabier Gorrotxategi, Dña. M^a José Yarritu

***Euskal nekazari taldeen kantabria
aldeko espazio antolaketa eta
monumentu megalitikoak***

***The megalithic monuments and the
articulation of the Cantabrian space
by the Euskara-speaking peasant
communities***

Bakotxak bere ukondurik eztau ikusten
(divisa de la casa de Sautu, Aiara,
s. Madinabeitia, J. 1979, 24)

1. INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

En el intento de comprender el pasado nos encontramos con la necesidad de trascender de los hechos o fenómenos aislados hacia las interpretaciones generales en las que esos datos deben cobrar inteligibilidad. Es decir, traspasar la mera descripción de los objetos individuales superando también la constatación de los elementos materiales o monumentos en su contexto. De todas formas, cuanto más rica sea la descripción de los fenómenos históricos, consecuencia de un registro arqueológico más riguroso, más posibilidades existirán para la interpretación, aunque inevitablemente se produzca en los hechos puramente materiales un cierto déficit para llegar hasta las últimas consecuencias interpretativas, sea por la fragilidad de las interrelaciones que se pueden establecer entre sus diferentes tipos o por incapacidad metodológica.

Los datos prehistóricos objeto de análisis son variados, por su categoría: desde restos de talla del sílex hasta estructuras funerarias, pasando por cuevas. Y también por la forma de manifestarse: de manera evidente en la prospección arqueológica, en forma de objetos aislados o estructuras tumulares, o bien mediante una excavación arqueológica, tanto en un área de poblamiento como en una funeraria, asentamiento al aire libre o cueva y estructura tumular (dolmen) respectivamente. Además, se ofrecen en un ámbito que les dota de una cierta inteligibilidad, a dos escalas, geográfica (general) y estructural (particular). Gracias a ello la interpretación se hace posible, rebasando la simple constatación de lugar de hábitat que proporcionan los datos aislados. Por ejemplo tanto los más sencillos instrumentos, así los restos de útiles, como los dólmenes y túmulos se muestran en el Cantábrico usualmente en un contexto geográfico, en un pastizal de montaña; pero también aparecen en un contexto directo, estructurado, como los restos materiales alrededor de un hogar o las diferentes partes de una estructura funeraria (cámara, túmulo, estructuras asociadas como hogares, o elementos materiales repartidos en el interior del espacio monumental).

Además debe señalarse que el paso del dato aislado, de la suma de ellos, de los datos contextualizados en un ambiente geográfico (densidad del fenómeno en el espacio) o de los datos en su contexto cercano, (alrededor de un hogar o de una estructura habitacional), hacia su interpretación, es controvertido. Por una parte más necesario en arqueología que en las ciencias históricas en general, ya que la realidad de los elementos materiales se nos ofrece notablemente desarticulada; y por otra, más difícil aún que la interpretación histórica sobre textos pues trabaja con datos muy fragmentarios que aportan escasa información en sí mismos y proyectan con dificultad la trama socioeconómica de las sociedades prehistóricas.

La localización y estudio de tres monumentos megalíticos, los dólmenes de Gazteluko Landa e Hirumugarrieta 1 y 2 (Martin, I.; Zubizarreta, A. 1991; Zubizarreta, A. 1995a y b), en el área o estación megalítica de Artxanda (Bilbao-Zamudio) nos parece una oportunidad para reflexionar sobre el valor de esa asociación del monumento funerario y la montaña, el espacio donde se enclavan los monumentos, en cuanto reflejo de una comunidad que vivió y utilizó ese ámbito geográfico. La escala del análisis queremos hacerla variada: local, correspondiente a una comarca natural geográfica (por ejemplo el valle de Karrantza) o una fracción de la misma (el espacio de las anteiglesias históricas de Begoña y Zamudio); regional, o agrupación de una serie de comarcas naturales; y territorial o étnica, correspondiente a un pueblo desarrollado en un extenso territorio, abarcando regiones diferenciadas. Nuestra interpretación parte de la idea de considerar al monumento funerario como reflejo de una comunidad, no como un mero ente aislado de tipo ritual, e intenta averiguar cómo se refleja en el espacio el modo de vida de esa comunidad que lo levantó.

En la interpretación del pasado existen una serie de elementos que merecen la pena de ser considerados como producto del uso social del espacio en el Cantábrico, en sentido amplio, a lo largo de la Historia: el fenómeno megalítico en cuanto fenómeno de maduración de las comunidades neolíticas cantábricas emergentes en ese momento; el espacio de uso tradicional, medieval y moderno, de las comunidades agrosilvopecuarias cantábricas (Guitián, L. 1993), que se muestra como un elemento con escasas variaciones, expresión del valor de la larga duración dentro de la multiplicidad del tiempo social (Braudel, F. 1974, 63); la supervivencia de un idioma preindoeuropeo en un área circunpirenaica y circuncantábrica que permite inducciones hacia tiempos pasados, prehistóricos; e incluso ciertos elementos residuales de tipo genético o antropológico (Cavalli-Sforza, L. L. 1988 y 1997). La constatación de algunos de estos elementos y su cristalización en el rasgo más original y duradero, el idioma, dió lugar desde el siglo XVI a múltiples interpretaciones tomándolo a este último como objeto de investigación. El encaje del mismo se planteó en un primer momento de manera interna como reto de articulación dentro del Estado incipiente y a partir de la aparición de ciertos notables investigadores, como W. Humboldt a principios del siglo XIX, en el marco internacional (Humboldt, W. Von 1975). Después, superada relativamente esta opción por la propia singularidad del idioma, se proyectó en la investigación histórica, antropológica, etnográfica y arqueológica, esta última opción a través del “ataundarra” Jose Miel Barandiaran (Barandiaran, L. 1976), el “bilbotarra” (guipuzcoano de nacimiento) Telesforo Aranzadi (Goicoetxea, A. 1985) y el “gasteiztarra” Enrique Eguren (Barandiarán, J. M. 1981).

Al cabo de tanto tiempo ¿es posible acercarse a esta cuestión, la del origen del pueblo vasco, sin incurrir en ciertas inexactitudes del pasado, aunque incurriendo en las propias inexactitudes del presente, o bien es un ejercicio

imposible? Para ello parecería que deben sumarse las diferentes disciplinas citadas con ánimo de colaboración y desde luego con la proyección de nuevas cuestiones teóricas o metodológicas.

En este sentido el fenómeno megalítico ofrece amplias posibilidades de análisis al aportar un cúmulo relevante de información. En primer lugar por la profundidad espacial del fenómeno, presente en un número notable de subespacios cantábricos; densidad que refleja la madurez de la sociedad que representa surgida de la revolución neolítica. La importancia de este paso en la evolución de las comunidades prehistóricas fue teorizada tempranamente, en los años treinta, “la arqueología puede señalar...los cambios radicales sobrevenidos en la economía humana, o sea, en el sistema social de producción <que>... resultan comparables a esa transformación dramática que tan bien conocemos, la Revolución Industrial...”, e incluso determinada como un proceso que le dió al hombre un control sobre su abastecimiento de alimentos, a partir de una relación estrecha entre el cultivo de plantas y la domesticación de animales (Gordon Childe, V. 1974, 18 y 85-130, respect.). La trascendencia de ese paso posibilita buscar la proyección de los cambios económicos y sociales en otros ámbitos, como el lingüístico o el antropológico, para relacionarlo con ciertos componentes genéticos y con el proceso de indoeuropeización (Cavalli-Sforza, L. L. 1997).

El objetivo de este artículo es precisamente el acercarnos a la realidad social que proyecta la distribución espacial de los monumentos megalíticos, sobre la base de la consideración de las formas históricas de ocupación del espacio por parte de las comunidades cantábricas, y particularmente de las que emergen en la Edad Media y se definen en la Edad Moderna. Al hilo de lo anterior surge inevitablemente la cuestión de si se pueden proyectar sobre el pasado relativamente remoto cuestiones, elementos o formas de actuación de comunidades muy posteriores. Debemos por lo tanto realizar una previa reflexión con un doble sentido. El primero, que las sociedades inevitablemente evolucionan en el tiempo, y como consecuencia de las diferentes modalidades sociales de aprovechamiento de los recursos es posible la proyección de cambios por efecto de ello en el espacio de uso de una comunidad. El segundo, y actuando en sentido opuesto, los términos de la comparación siguen siendo dos comunidades campesinas, es decir dos comunidades que, aun con cambios, viven de los productos que extraen de la tierra, de la ganadería y del bosque. En consecuencia, existen muchos elementos de continuidad, en función de lo elemental de las actuaciones productivas citadas, movidas una y otra vez por la tradición (las mismas especies domésticas de plantas y animales, escasas novedades técnicas que llevan a utilizar los mismos instrumentos); y también en función de los condicionamientos materiales invariables del medio natural (suelos, clima, área productiva). Estas condiciones generales no son sometidas a transformaciones radicales, excepto por ciertos cambios puntuales, climáticos (la variabilidad cíclica de

las cosechas, las pequeñas edades glaciares), económicos (introducción de nuevas especies domésticas de plantas y animales) o políticos (expansión de unas comunidades sobre otras, sobreimposición de minorías sociales). Todos estos avatares forman parte sustancial también del devenir histórico, y aunque son más difíciles de captar para momentos más antiguos se proyectan de manera diversa sobre el registro arqueológico.

Esta traslación en el tiempo de supuestas realidades básicas en el marco de las comunidades históricas es el análisis que se propuso para los casos de la islas de Arran (al W. de Escocia) y Rousay (en las islas Orcadas), en la primera relacionando 18 tumbas megalíticas con áreas concretas de cultivo en la historia reciente y proponiendo 16 ó 17 áreas territoriales, y en la segunda 13 territorios sobre otros tantos megalitos, con 25 a 50 personas por cada uno de ellos, incluyendo en la comparación las condiciones edafológicas del espacio (Renfrew, C. 1986, 145-150). La comparación etnográfica histórica entre las tumbas megalíticas y el terreno cultivado es tan estricta que el autor observa “cada tumba como... el punto estratégico de un territorio y asombra que estos territorios... muestren una distribución... similar... a la de... las explotaciones agrícolas del siglo pasado”. De ahí que considerase a los monumentos megalíticos “como centros sociales permanentes del grupo que los ha construido en su propio territorio y donde entierra a sus muertos” (op. cit., 154).

En función del planteamiento anterior, debemos preguntarnos por la virtualidad de la conservación a lo largo del tiempo del espacio correspondiente a las aldeas campesinas. Efectivamente constatamos en el Cantábrico Oriental (en sentido amplio, considerando las dos vertientes norte y sur de las alineaciones montañosas de la divisoria de aguas) que existen elementos de continuidad que han sobrevivido a sociedades agrícolas distintas, por ejemplo los términos de los espacios llamados tierras (con un sentido más general), valles, consejos o anteiglesias, luego municipios: a la feudalización; al proceso de urbanización de la Edad Media (ya que las villas proyectan espacios comunitarios anteriores, en Cantabria, Bizkaia, Araba o Gipuzkoa, por ejemplo, articulándolos en función de un espacio central, la propia villa o ciudad); a los cambios de la Edad Moderna; desde luego a las transformaciones producidas por la propia revolución industrial, que en principio parecerían mucho mayores y que sin embargo no ha sido capaz más que de manera muy limitada de subvertir ese espacio previo agrícola; y finalmente, incluso a la propia articulación espacial del Estado hasta nuestros días. Este largo proceso ha introducido cambios, sin embargo, en la escala local que no se deben obviar (partición de espacios comunales entre aldeas distintas por ejemplo, huida de espacios de unos ámbitos a otros, subdivisión y atomización del espacio en función de las diversas expansiones demográficas y agrícolas, intensificación de la escala de uso del medio con la formación de nuevas aldeas), pero no suficientes para escindir de manera notoria la articulación u organización anterior.

Y por último, como elemento a integrar en este análisis espacial, existe en estos espacios que constituyen el Cantábrico Oriental en sentido amplio (y naturalmente también en los Pirineos), es decir, en las subregiones geográficas de la Cornisa Cantábrica y Alto Ebro, un hilo conductor desde época preindoeuropea, el idioma éuskaro, o antepasado directo del euskara actual (Michelena, L. 1966), atestiguado con claridad en época antigua en el aquitano (Gorrotxategui, Joaquín 1984) y con presencia probada también al sur de los Pirineos en época romana. Este último elemento aparecería como el rasgo más singular y caracterizador de un pueblo o “ethnos”, formado por una comunidad basada en una realidad histórica de parentesco, un territorio, una lengua y cultura y, por último, una autoconciencia de tal, esta última reflejada en el etnónimo (Renfrew, C. 1990, 177).

Estos tres elementos de continuidad, el modo de vida campesino, el espacio de la comunidad rural y el elemento diferenciador étnico, posibilitan buscar ciertos componentes básicos que expliquen esa continuidad y las raíces de la misma. Y particularmente debe buscarse una estructuración del espacio suficientemente relevante para posibilitar que un grupo preindoeuropeo como lo es el éuskaro haya tenido éxito frente al proceso de indoeuropeización, que se está interpretando cada vez más antiguo, tanto desde el punto de vista histórico como lingüístico o antropológico y desde luego, con una notable profundidad en toda la Península. Así, desde el punto de vista arqueológico se ha propuesto la identificación del indoeuropeo con el proceso de neolitización: “Parece muy posible,... que las primeras lenguas indoeuropeas vinieran a Europa desde Anatolia en torno al 6.000 a. C., junto con las primeras plantas y animales domésticos” (Renfrew, C. 1990, 230). Esto supondría identificar al pueblo éuskaro como un residuo de los grupos de cazadores recolectores previos del Mesolítico. En la misma línea el análisis de componentes genéticos de las poblaciones, determinándose un componente que se identifica con el pueblo vasco, lo que lleva a considerar que “es bastante probable que los vascos desciendan directamente de los paleolíticos (y de sus sucesores mesolíticos) que vivían en el suroeste de Francia y el norte de España antes de la llegada de los neolíticos” (Cavalli-Sforza, L. L. 1997, 117-118 y 124).

También desde el punto de vista lingüístico se ha retrotraído la indoeuropeización en el tiempo, proponiéndose los siguientes estratos reconocibles en el área NE de la Península Ibérica: 1) éuskaro (Michelena, L. 1966) o antepasado directo del euskara reflejado en el aquitano; 2) indoeuropeo meridional-ibero-pirenaico; 3) celtibérico; 4) ibérico (Villar, F. 2000, 424). La interpretación lingüística sugiere que dado que el concepto de ciudad en el área indoeuropea citada está tomado como préstamo de pueblos vecinos (de la raíz ibérica “il-” y de la celta “-briga”) la difusión de ese idioma, notable por la densidad de hidronimia identificable con él, sería anterior a la formación de los núcleos urbanos, lo que nos llevaría a nuestro juicio a la Edad del Bronce al menos, dependiendo del espacio local.

Por ello, la interpretación de que existe un idioma preindoeuropeo como el euskera en un espacio circumpirenaico, desde el Pirineo central a la Cordillera Cantábrica (incluyendo posiblemente también una parte de la Ibérica), si es cierta, como parece, debería encontrar un sostén en una etapa anterior a la expansión de los pueblos indoeuropeos. La hipótesis que se plantea en este trabajo es que ese tiempo puede ser el correspondiente al Neolítico avanzado, es decir, atribuirse al megalitismo. El hecho de que durante esa etapa del Neolítico avanzado-Calcolítico existiese en el territorio de la Euskal Herria histórica un desarrollo económico relevante y una densidad de población notable, y su reflejo en una estructuración peculiar del espacio, cuyo signo más evidente sería el megalitismo, podría explicar parte del éxito de supervivencia de uno de esos rasgos primitivos, la lengua (aun con influencias notables de los otros idiomas), a procesos de aculturación tan relevantes como el proceso de indoeuropeización, la celtización y la romanización.

La opción de que sea anterior al Neolítico, dado que la expansión de este se ha relacionado también con el proceso de indoeuropeización, nos parece difícil de aceptar dado que la escala de penetración del megalitismo, que representa una aceleración notable de ese proceso de neolitización, es muy notable y habría que aceptar que los escasos grupos de cazadores fueron capaces de asimilar y sobrevivir a un proceso tan relevante como el que muestra ese megalitismo, que es en todo punto comparable al menos a la celtización y a la romanización en su capacidad de transformación socioeconómica de los grupos humanos.

En consecuencia, el análisis se plantea sobre estos elementos que difícilmente cambian en el tiempo, asimilables a los elementos de la larga duración “estructuras... envolventes... de las que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse... ciertos marcos geográficos... realidades biológicas... límites de la productividad... coacciones espirituales” (Braudel, F. 1974, 70-71). Sin embargo, somos conscientes de que existen otros que actúan en sentido opuesto, elementos de discontinuidad o de ruptura que, en general, han sido suficientemente recalcados en el análisis histórico. Así, la sucesión de industrias, por ejemplo, cuya importancia primera no pasa de ser un mero recurso clasificatorio, historia crítica y elemental que no debe confundirse con la interpretación histórica; el desarrollo de sistemas económicos diversos a lo largo del tiempo con la promoción de grupos sociales diferenciados; la superposición de estructuras preestatales o estatales en época prerromana y romana; la proyección de espacios feudales laicos o religiosos; o la difusión de formas religiosas y culturales, por ejemplo del romance desde la Edad Media. Por otra parte, la civilización material no coincide con las diferentes áreas culturales, en las cuales el elemento diferenciador más importante es, sin duda, la lengua, aunque no el único. Esto no es inconveniente para que dentro de un espacio tribal se proyecten idiomas distintos, social o espacialmente incluso, dado que todas las culturas son el producto de una suma de influencias varia-

das en el espacio y el tiempo. De hecho, en la parte aquitana del espacio éuskaru se documentan coetáneamente en época romana el aquitano, el celta y el latín (Gorrochategui, Joaquín 1984).

2. LAS DISTRIBUCIONES ESPACIALES COMO MEDIO DE ANÁLISIS HISTÓRICO

En el acercamiento crítico a la información histórica en su contexto observamos que el espacio histórico como objeto de la actuación de los grupos humanos a lo largo del tiempo debe ser calificado para acercarse de una manera enriquecedora a él, espacio geográfico, cultural, étnico, político. Estos espacios relativos proyectados a nivel general están formados por las distribuciones de ítems significativos correspondientes, de elementos u objetos materiales, sean especies vegetales, tipos de útiles o topónimos. La significatividad de cada tipo de elemento representado o de sus asociaciones se acrecienta en su interrelación con otros, es decir con la plasmación espacial de diferentes ámbitos, en el mismo y en tiempos distintos. Por ello, no deberíamos prescindir del espacio étnico prerromano al intentar acercarnos a la realidad prehistórica, aunque desgraciadamente en la reconstrucción de este campo no se haya adelantado tanto como se quisiera. En todo caso, el ámbito del Cantábrico Oriental, al menos desde la actual comunidad cántabra hasta el Pirineo central es el del dominio de la comunidad éuskara en tiempos presumiblemente prehistóricos, como se ha considerado en otro apartado, hipótesis la más probable. Otra cosa es que esa comunidad éuskara sea ya en esa época de la Prehistoria reciente, desde el punto de vista lingüístico, plural, tal como la distribución de testimonios epigráficos de época romana lo atestigua, así en Aquitania como entre los vascones, esta última la principal de las tribus éuskaras prerromanas.

La importancia del espacio en el análisis histórico fue observada tempranamente, aunque los análisis espaciales tradicionales han adolecido de una cierta subjetividad, siempre presente. En nuestros días se acepta que “de los mapas y de sus relaciones podemos esperar que se clarifiquen muchos aspectos de la conducta humana en el pasado”, aunque existan problemas derivados de la naturaleza de los datos: como consecuencia de la variación espacial en la conservación; o por la incapacidad para la datación de yacimientos y materiales; o bien se produzcan problemas metodológicos derivados de la imposibilidad de utilizar las premisas necesarias en diferentes test estadísticos (instrumento para el análisis espacial); y por último, también problemas por el hecho de que diferentes procesos históricos pueden producir una misma distribución espacial (Hodder, I.; Orton, Cl. 1990, 260-268).

2.1. El espacio geográfico

En conjunto el espacio geográfico del Cantábrico Oriental se ofrece de manera plural, con ámbitos relativamente diferenciados: 1) la Cornisa Cantá-

brica o vertiente norte, que interiormente también se puede dividir en espacios distintos de acuerdo con su cercanía al mar o su relación con vías de comunicación principales o secundarias; 2) el Alto Ebro o los valles de mayor altitud de la vertiente mediterránea, espacios de transición entre el N. y el S., con comunicación transversal E-W; 3) los valles inmediatos a la cubeta del Ebro. Esta realidad plural también se puede hacer extensiva hacia los otros sistemas, es decir, el Pirineo y el Sistema Ibérico, que deben analizarse como realidades múltiples, algo que excede de lo planteado en este trabajo. La caracterización de dos espacios únicos y diferenciados divididos por la divisoria de aguas durante la Prehistoria reciente (Apellániz, J. M. 1975, 26-32) es una simplificación superficial de una realidad que es desde todos los puntos de vista compleja y cambiante con multitud de ámbitos paisajísticos y de vegetación en general, y también de usos humanos, así como cambiante a lo largo del tiempo por efecto del impacto de las actividades humanas (deforestación por agricultura, ganadería, ferrerías, guerras) y por ello debe ser rechazada por carecer de una base objetiva suficiente. Cada valle de los sucesivos escalones que van desde la divisoria de aguas hasta el cauce principal del Ebro es un mundo propio en donde se dan unos caracteres definidos y únicos, dentro de esa mezcla de influencias del N. y del S., con sucesivos espacios atlánticos, subatlánticos, de transición, submediterráneos y mediterráneos (Meaza, G. 1994 y V. V. A. A. 1996, 1-20).

Por otra parte, las vías de comunicación medievales, que transcurren en paralelo a las vías fluviales, nos muestran un espacio integrado a escala regional ya que comunican interiormente todos los subespacios objeto de análisis: la cornisa norte, los valles de transición y el valle del sur. Esto es posible por la existencia en diferentes épocas de entes tribales y políticos que permiten superar el localismo de las comunidades de valle. Se podría pensar en entes artificiales creados en época feudal o incluso romana, los pueblos o tribus que muestran Estrabón y otros autores latinos (Caro Baroja, J. 1973), y donde una parte toma el valor del todo creando estructuras más complejas. Sin embargo, creemos que las estructuras políticas tienen una base plenamente reconocible, la comarca natural, objeto de uso de una o varias comunidades aldeanas, aunque no se deben descartar elementos o espacios añadidos en determinados momentos. El hecho de que haya solidaridades entre espacios relativamente lejanos, por ejemplo la ayuda de los cántabros a los aquitanos al hilo de la conquista romana, sean quienes fueren esos cántabros (Segura, S. 1997, 107), parece mostrar que estas redes de comunicación existían ya en época prerromana, momento en el que se había producido una aceleración relevante en el proceso de desarrollo económico, y al tiempo un proceso de aculturación notable. Quizá en función de ciertas materias primas o productos elaborados exportables o intercambiables, por ejemplo el hierro. De los abundantes yacimientos de este mineral los cántabros son citados en las fuentes latinas ("De todas las venas metalíferas, la más abundante en Cantabria es la de hierro. En la zona marítima que baña el Oceanus hay un altísimo monte que, parece

increíble, todo él es de metal”, Plinio, 34, 149, en García y Bellido, A. 1947, 193, refiriéndose sin duda a Peña Cabarga).

Este espacio interrelacionado debe tener una base megalítica (v. fig. 1), dado que los megalitos en las montañas, en las divisorias de aguas, se presentan como elementos de relación entre comunidades diferenciadas que ocupaban los valles colindantes y por lo tanto dieron objeto a una articulación relativa, con la apropiación y el reparto de esos espacios de montaña entre comunidades de valles vecinos (v. fig. 1). Al mismo tiempo, esta ocupación necesariamente estructuró el espacio general conformando realidades supra-comarcales. Así, en la vertiente norte del Cantábrico las relaciones se establecen de W. a E., en función del desarrollo N.-S. de las alineaciones montañosas donde se enclavan los monumentos megalíticos y en la vertiente sur en sentido N.-S., ya que las alineaciones se desarrollan en dirección E.-W. Con ellos la trama espacial queda notablemente interrelacionada.



Fig.1. Hipótesis sobre las interrelaciones en el Cantábrico Oriental entre las diferentes comunidades megalíticas. Fuentes: Llanos, A. et Alí 1987 para Araba; Gorrotxategui, J.; Yarritu, M. J. 1980 y 1984 para Bizkaia y Cantabria Or.; Altuna, J. et Alí 1982 y 1990 para Gipuzkoa; Barandiaran, I.; Vallespi, E. 1980 para Nafarroa. Cada círculo indica una comarca natural o fracción y las intersecciones entre dos marcan las áreas megalíticas. En algún caso no se establecen esos vínculos intercomarcales.

2.2. El espacio étnico

Coincide sólo en parte con el espacio lingüístico, dado que desde la Prehistoria reciente, y posiblemente desde el Neolítico, se produjeron movimientos notables de población que produjeron una mezcla racial, tal como los análisis antropológicos convencionales determinaron con el establecimiento de tipos raciales (Barandiaran, I. 1987, 43-46) y los de genética de poblaciones han corroborado. Así, un mismo pueblo aparece configurado sobre una cierta pluralidad racial y lingüística, en función de los propios procesos históricos, si proyectamos el modelo de los pueblos emergentes en época romana, como por ejemplo el de los vascones. Esto tampoco es inconveniente para que aparezca un hilo conductor a lo largo del tiempo, sobre la base de un idioma predominante, en este caso el éuskaro.

El espacio étnico sólo es accesible a partir de la constatación de grupos gentilicios, pueblos o personas adscritas a él, siendo objeto de la historia sólo cuando aparecen documentos escritos que permiten esa precisión. Podría pensarse que la cultura material proyecta este tipo de espacios, y así se ha solido interpretar para ciertos ítems correspondientes a la Prehistoria reciente y a la Protohistoria, pero estos deben ser sometidos continuamente a discusión y sus límites interpretativos parecen claros, ya que sólo secundariamente proporcionan una información étnica (ciertos tipos de ídolos, monedas "ibéricas", cerámica "celtibérica"), dado que la mayoría son simples elementos materiales básicos accesibles mediante el comercio o el trueque; o en el caso de procesos técnicos son imitables por comunidades vecinas étnicamente diferenciadas.

Para tiempos anteriores a la difusión de documentos escritos y también para llenar los abundantes espacios vacíos que dejan los documentos epigráficos hay que inferir datos sobre estos espacios lingüísticamente relevantes a partir de documentación histórica medieval y de los topónimos fijados en el lugar desde muy antiguo aunque, desgraciadamente, también sometidos a modificaciones a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, la principal barrera para interpretar los topónimos en las áreas externas del País Vasco es la inexistencia de documentación altomedieval suficiente, particularmente para los espacios occidentales, quizá los más interesantes porque mostrarían un cierto conflicto entre idiomas o en todo caso la dinámica de los procesos de aculturación. Otro aspecto que debe valorarse es que los testimonios lingüísticos son plurales, es decir que parecen corresponder a diferentes idiomas coexistiendo en el espacio, comunidades entre las que se debió producir una jerarquización espacial y seguramente social. De esta última tenemos un reflejo perfecto en el interés de los romanos por educar a las jerarquías locales al hilo de la conquista, como se atestigua en el valle del Ebro. Y la misma situación se proyecta con toda claridad en los *jauntxos* medievales y de la Edad Moderna del país, con interés evidente en justificar su preeminencia social por un origen externo y en emplear un idioma distinto, el romance, como se observa en el

siglo XV: “En esta tierra de Varacaldo, de antiguo tiempo ovo tres linajes... el mas antiguo destes fue el de Retuerto, que sucedieron de un cavallero de los godos, que pobló en Egilus, cavo Soloeta” (García de Salazar, L. 1967, 4, 122). Y son también equívocos, porque existen préstamos que se utilizan para describir realidades muy cercanas en el espacio y en el tiempo por idiomas distintos y porque, en el caso de los topónimos, los nombres se han erosionado perdiendo una parte sustancial de su información en el proceso de castellanización de los territorios exteriores de la Euskal Herria objeto de estudio.

3. EL ESPACIO MEGALÍTICO EN EL CANTÁBRICO ORIENTAL

3.1 Revolución neolítica y megalitismo

El megalitismo no sólo proyecta un modo de vida propio es, como ya hemos expuesto (Gorrochategui, J.; Yarritu, M. J. 1990), un momento culminante de la revolución neolítica en cuanto a la ocupación del espacio, ya que entran en producción todos los nichos ecológicos del Cantábrico en sentido amplio, desde el fondo de los valles hasta las cimas de las montañas más elevadas. Aunque el nivel de información es desigual teniendo en cuenta las comarcas existentes, podemos llegar a ciertas generalizaciones partiendo de una cierta cantidad de información de base. Eso es precisamente lo que nos indica el que se ocupen todos los ámbitos de montaña a ambos lados de la vertiente de aguas atlántico-mediterránea: las montañas costeras (cordón de Munarrikolanda, Bizkaia), las alineaciones montañosas intermedias que jalonan la cornisa Cantábrico (Haizko en Karrantza, Bizkaia), las sierras de la divisoria de aguas (Gorbeia), las montañas subatlánticas (Entzia), los montes submediterráneos (Sierra de Toloño-Cantabria, Errioxa Arabarra). También está presente esta cuestión en la notable densidad de cada área concreta que ocupan.

Incluso los valles, cantábricos o prepirenaicos, no están ajenos, aunque ya hemos señalado que existe un déficit de información achacable en parte a que no se han conservado y descubierto más que escasos ejemplares. En todo caso poseemos información de estructuras tumulares en todas las comarcas que jalonan el espacio desde los valles del fondo de la Cornisa Cantábrico (Ordunte, valle de Mena, Burgos) pasando por los valles prepirenaicos (Llanada Alavesa, Kuartango) hasta el Alto Ebro (Errioxa), (Yarritu, M. J.; Gorrochategui, J. 1995a).

En función de esta distribución, sesgada por la conservación diferencial, creemos que los dólmenes de montaña no reflejan en los diferentes ámbitos nombrados sino una parte del espacio de ocupación de las comunidades allí asentadas. Este espacio de ocupación de cada comunidad, a tenor de los pocos dólmenes de valle conservados, y proyectando un modelo histórico, se desarrollaba desde el fondo del valle a la montaña más inmediata a lo largo de toda la pendiente que le corresponde. Es decir, que el espacio de uso de

una comunidad abarca por primera vez en la historia unos límites mucho más claros y precisos y a una escala local, la comarca natural o mejor una fracción de la misma, ya que la comarca natural se mostraría como una reunión de varias comunidades. En ella se producen los recursos necesarios para el mantenimiento de una serie de comunidades agrícolas de base, dedicadas a la agricultura y la ganadería y explotando secundariamente el bosque.

La proyección de un modelo de interpretación distinto, por ejemplo considerando esos espacios como propicios para el movimiento de rebaños a larga distancia no encajaría con esa densidad y distribución de monumentos funerarios en ámbitos específicos de los pastizales históricos. Para aceptar esta explicación se debería esperar un espacio menos densamente poblado y una mayor aleatoriedad en la colocación de los monumentos, que en realidad se emplazan en espacios, los llamados pastizales de montaña, perfectamente definidos y dentro de ellos en fracciones con rasgos propios (La Campa de La Herrera, por ejemplo, en Trucíos, v. Gorrochategui, J.; Yarritu, M. J. 1984, 54-57). Partimos de la base de que la disimetría general de emplazamiento de los monumentos montaña-valle proyecta una conservación diferencial. Los movimientos de ganado a larga distancia (trashumancia) serían propios de ámbitos marginales, lo que no responde a las características de suelos y recursos del espacio de análisis propuesto. Y también podrían ser expresión de sistemas políticos más evolucionados e intereses económicos basados en el comercio. Estas circunstancias corresponderían a ámbitos urbanos o cabeceras comarciales, con desarrollo económico propio y diverso, que hicieran posible una sobrecarga de rebaños no necesarios para el grupo local y la sobreimposición de intereses ajenos a la escala particular. Estas condiciones debieron producirse en el Cantábrico en sentido estricto hacia el Bronce final en el mejor de los casos. Una imposición de un sistema político y la organización de redes políticas amplias, como tribus, también lo haría factible. Aparentemente estos rasgos podrían reconocerse en los sistemas políticos (pueblos o tribus) emergentes en época romana, sean estas circunscripciones tribales o políticas impuestas por Roma, o una combinación de ambas. Y son evidentes en la articulación feudal del espacio. En todo caso, la sobreimposición de espacios de uso distintos, que también es factible en época prehistórica, no arruinó a lo largo de la Historia los espacios previos de las comunidades, como ya hemos considerado dada su larga pervivencia temporal, aunque los pusiese en discusión y los fuese, crecientemente, limitando.

3.2 Los datos de base: Localización y distribución de las comunidades megalíticas

Debe señalarse en primer lugar que existe una carencia de base, ya que no se puede calibrar el verdadero momento de erección de todos los monumentos megalíticos y tampoco las diferentes etapas en que se levantaron, dado que sólo se han datado los últimos excavados, y entre estos tampoco todos

han podido serlo. Existe más información sobre los ajuares asociados a partir de las excavaciones históricas (Barandiaran, J. M. 1974), pero es una información deficitaria por distintos motivos: 1) por desconocerse el estudio de las estructuras tumulares en las que se intercalaban las cámaras, con lo que tendríamos una cierta escasez de información de ciertos momentos, especialmente de los más antiguos; 2) por circunscribirse los datos a las cámaras, con la posibilidad real de que la información esté seleccionada por motivos de conservación, pudiendo estar subrepresentados los más frágiles, por ejemplo los más modernos, por el simple hecho de ser más exteriores en la propia estructura cameral. Hay también un déficit de los tipos de estructura, favorable a aquellos monumentos con cámara central, aunque se hiciesen trabajos sobre estructuras tumulares (pero con una información muy escasa). Estas carencias de la investigación hacen que incluso en la actualidad en algún ámbito geográfico cercano no lleguen a catalogarse estructuras por su pequeño tamaño, siguiendo un criterio difícilmente justificable. Incluso hay un déficit para las cámaras dolménicas, cuyo caracterización está inevitablemente simplificada, tal como el acercamiento a esa realidad en los últimos años nos ha mostrado (Gorrochategui, J.; Yarritu, M. J. 1995, 19-20 y 52-56 y Gorrochategui, J.; Yarritu, M. J. et Alii 1999, 225).

Plantear la evolución del sistema es, en función de lo anterior, imposible en el día de la fecha, porque desconocemos en profundidad la variedad de estructuras o ajuares y las etapas a las que corresponden las estructuras tumulares y dolménicas, incluso a una escala local. Nos debemos contentar por consiguiente con una aproximación general a la realidad que muestran las tumbas llamadas megalíticas. Esta consiste en una estructura tumular de piedras, usualmente organizadas, generalmente de tamaño modesto, que alberga una cámara, simple o doble y de diferentes formas, o cobija un espacio en forma de suelo o de zanja. Los enterramientos no siempre se debieron producir en el espacio central; se sumaron estructuras rituales o de poblamiento a la propiamente funeraria; y el ajuar se recupera en vertical y horizontal en todos los espacios, incluido el suelo previo. Con estas limitaciones hemos colocado en el plano de la fig. 2 la distribución de monumentos megalíticos, sin cronlechs ni cistas.

Por otro lado, debemos advertir que la identificación de área megalítica con área de habitación sería excesiva en el estado actual de conocimiento, ya que existen una serie de espacios aparentemente sin tumbas megalíticas que no deben considerarse vacíos poblacionales. Hay diferentes explicaciones al respecto, así la posible existencia de otro tipo de tumbas, en fosa, de las que no tenemos gran información. Sabemos, por el contrario, que en esos espacios hay habitación prehistórica al aire libre (en forma de restos líticos de superficie) y en cueva, como también cuevas funerarias, por lo que indudablemente deben completarse los datos de poblamiento manejando otras variables, las más de las veces todavía insuficientes. En estas circunstancias se pue-

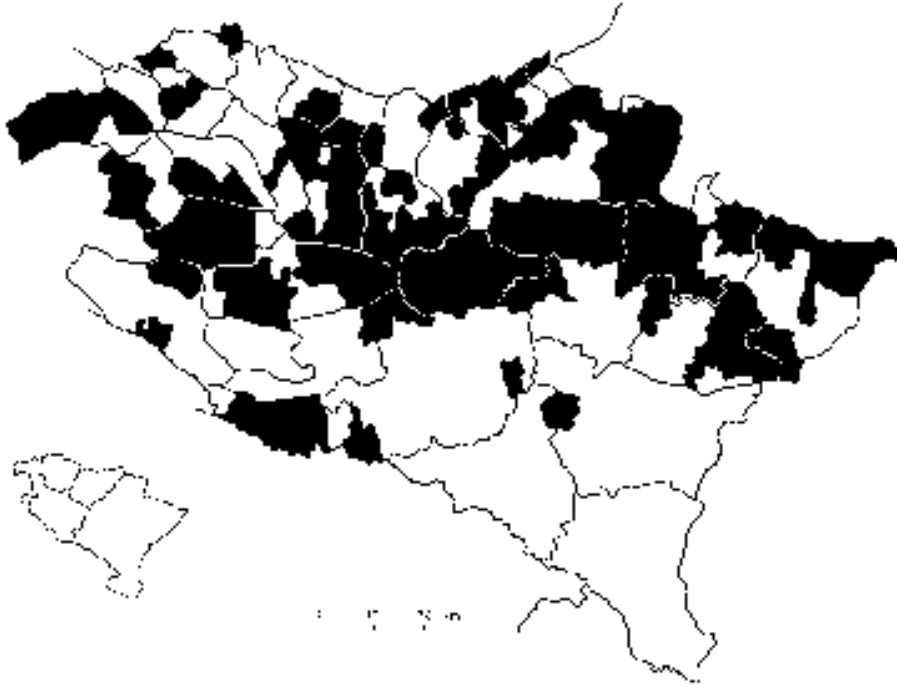


Fig. 2. Distribución de megalitos en el Cantábrico Oriental en función de los espacios políticos tradicionales (concejos, anteiglesias, valles, municipios). Fuentes: Llanos, A. et Alii 1987 para Araba; Gorrochategui, J.; Yarritu, M. J. 1984 para Bizkaia; Altuna, J. et Alii 1982 y 1990 para Gipuzkoa; Barandiaran, I.; Vallespí, E. 1980 para Nafarroa.

den proyectar en todo caso cuestiones distintas: el efecto de la conservación diferencial, los ritmos distintos de desarrollo de la revolución neolítica y la variedad local de formas de enterramiento. Así, si completásemos el mapa con otros dos tipos de restos: los restos líticos al aire libre de época calcolítica (cuya relación con espacios de hábitat concretos ha quedado demostrada con el estudio de los poblados de Ilso Betaio, v. Gorrotxategi, X.; Yarritu, M. J. 1997 y Gorrotxategi, X.; Yarritu, M. J. et Alii 1999, y Ordunte, v. Yarritu, M. J.; Gorrotxategi, X. 1995b), y los enterramientos en cueva, también calcolíticos, se completarían espacios hasta abarcar la casi totalidad del área objeto de estudio, siendo los vacíos principalmente achacables a déficit de la investigación.

En función de la distribución de los megalitos observamos cómo estos articulan el espacio relacionando de E. a W. las comunidades asentadas en los valles de la cornisa Cantábrico, al tiempo que relacionan de N. a S. a las comunidades entre la cornisa Cantábrico y los valles subatlánticos del Alto Ebro. A

su vez entre los valles subatlánticos se produce una estructuración similar. Los montes son, pues, espacio de relación entre comarcas naturales y se podría pensar que si es válido el esquema de ocupación de las tribus en época romana abarcando espacios de montaña y de valle, en la microescala de la comarca natural se produciría algo parecido, aunque pueda chocar con la concepción de valle como elemento articulador o germen de la vida comunitaria. Podría ser este elemento articulador un segundo momento de ocupación del espacio, al desarrollarse el grupo anterior en vertical en el marco de la escala local. En las comarcas naturales donde no existe un espacio amplio de valle, de terreno llano inferior, como la cubeta de Karrantza (Enkarterri, Bizkaia), es evidente la articulación de cada grupo por la ladera montañosa. Esto supondría una división del espacio de montaña entre esas comunidades de valle en un segundo momento de la revolución neolítica.

En conjunto, el hecho de que se formasen unos y otros posibilitaría, en cuanto espacios de relación, ciertos flujos hacia otros espacios, de personas y de bienes (emigración, bandolerismo, transacciones comerciales) y la formación de caminos como elementos de relación con comunidades vecinas. Todos estos elementos debieron constituirse en época megalítica, dado que el espacio es factible interpretar que está habitado en todos los sentidos (y siempre considerando que la información que se tiene es fragmentaria). El dominio del espacio previamente organizado, con la construcción de poblados fortificados en lugares preeminentes y en función de las vías de comunicación, facilitaría por una parte el control del territorio por grupos de indoeuropeos y élites indígenas aculturizadas en un momento posterior, del Bronce Final o de la Edad del Hierro, aunque el proceso pudo empezar en el Calcolítico campaniforme. Y de la misma manera posibilitaría la pervivencia de elementos de la tradición anterior megalítica, como el idioma. De hecho, ciertos sustratos antiguos del euskera, por ejemplo los instrumentos con raíz "aitz-", piedra (aizkora, hacha; aizto; cuchillo; zulakaitz, cincel; aitzur, azada) (Barandiarán, J. M. 1953, 156) son compatibles con el megalitismo, dado que en esa época esos instrumentos son precisamente de piedra.

3.3 Una comparación del espacio megalítico con el de las comunidades campesinas tradicionales

Debemos tener en cuenta en primer lugar los espacios correspondientes a las sociedades tradicionales, lo que podríamos definir como sociedades campesinas de base. Estas se documentan a partir de la Edad Media, a partir del siglo XI especialmente, pero de manera irregular, en función de su incorporación a las estructuras feudales, a los reinos de Navarra y Castilla y a los obispos y señores feudales dependientes de ellos y, por consiguiente en relación con motivos prácticos directos en ciertas coyunturas de lucha por el poder. Además, algunas se captan de manera indirecta en la medida en que se proyecta sobre las mismas un proceso de urbanización a partir de la fun-

dación de las villas. Por ello debemos calibrar una serie de situaciones para determinar la cantidad de espacios, dado que existe el problema de definir la entidad real de ese espacio de base, al quedar varios de ellos proyectados en subdivisiones mayores, concejos, anteiglesias, villas o tierras.

La microescala de análisis espacial medieval nos puede ayudar si la aplicamos a una sección del valle de Aiara gracias a documentos medievales relativamente antiguos. Interesa el documento para observar la densidad de ocupación del lugar y la relación con el megalitismo. Se trata de una donación por el conde Diego al monasterio de San Félix de Oca del año 864 (Balparda, G. 1974, 1, 235), en la que se citan las villas o aldeas de Angulo, Salbata (despoblado en la actualidad), Eversa (desc.), Lixarzo (Lejarzo), Urzanico (junto a Añes si no corresponde a este), Pando, Fluiso (Lujo), Ervico (Erbi), Desolio (Sojo), Dobaltia (Madaria) y Salbantone (Salmantón). En el documento latino se confunden los nombres de los pueblos con los habitantes de los mismos, tanto en euskera como en castellano (De-Solio y De-Obaltia; Urzan-iko y Erbi-ko). Son en total 11 aldeas correspondientes a las estribaciones de la Sierra Salbada (v. fig. 3), donde se forman las cabeceras de las corrientes fluviales del Artziniega, Ibaizabal (que se suele incorrectamente denominar Ibalzibar en los mapas, Izalde e Izoria). En ese mismo espacio conocemos una serie de cuatro emplazamientos de dólmenes, sin contar la sierra superior, es decir situados en estribaciones por lo general sobre los emplazamientos de los pueblos o en su cercanía (v. fig. 3): el grupo de tres monumentos relativamente separados de Santa Olaja al W. de Angulo, el de La Roza en Angulo mismo (Uribarri, J. L. 1975, 34 y 42), la pareja de monumentos de las Campas de Añes, sobre el pueblo del mismo nombre y el de Campas de Oletar junto a Salmantón (Apellániz, J. M. 1973, 167-169 y 337-338). Es decir, que corresponderían 5 espacios megalíticos al menos (deslindando los de Santa Olaja en dos) a lo que en el siglo IX ocupan 11 aldeas, aunque alguna de ellas está relativamente separada del espacio megalítico y por lo tanto la correspondencia espacial quizá no debería hacerse tan estricta. En conjunto, la distribución de megalitos en el espacio y su comparación con las comunidades históricas permite inferir que la densidad de ocupación en el espacio durante la época megalítica es notable (un 45% en número de las comunidades medievales identificando cada necrópolis megalítica con una comunidad aldeana), aunque lógicamente ese espacio no esté tan densamente poblado como más tarde en tiempos históricos, pudiendo ser la reserva de bosque sustancialmente mayor. También debe considerarse que hay espacios vacíos para los que debe buscarse alguna explicación como las apuntadas anteriormente, por lo que la densidad poblacional podría ser en realidad mayor, ya que los megalitos no trascienden todo el poblamiento prehistórico.

En Las Encartaciones, donde existe un nivel interesante de conocimiento sobre el tema, el espacio histórico se articula en concejos, valles o anteigle-

sias, que son realmente la agrupación de otras células de base, las barriadas o cofradías. Estas últimas están más cerca de nuestro objeto de estudio, por la escala espacial. Además, en ellas encontramos topónimos que muy bien pueden corresponder a un momento de cristalización de ese pequeño espacio correspondiente a la aldea, por ejemplo Umaran en Galdames, Otxaran o Maruri en Zalla. En primer lugar el apelativo “arana”, valle, asociado a términos de indudable antigüedad, como “ume” y Otxoa, igualmente antiguo como muestran los topónimos con terminación en “-ano”, así Otxandiano (Micheleña, L. 1997, 144), siendo junto a otros de nombre de animal propios de un sustrato pirenaico o éuskaro, que declina conforme avanza el medievo. Estos nombres debieron ser arrinconados durante el proceso de cristianización alto-medieval, con la proyección de los de santos sobre esas mismas barriadas, haciendo incluso desaparecer el viejo topónimo, a veces de manera doble (Santa Cecilia de Santecilla en Karrantza, San Jorge de Santurtzi, por ejemplo, ambos en Las Encartaciones).

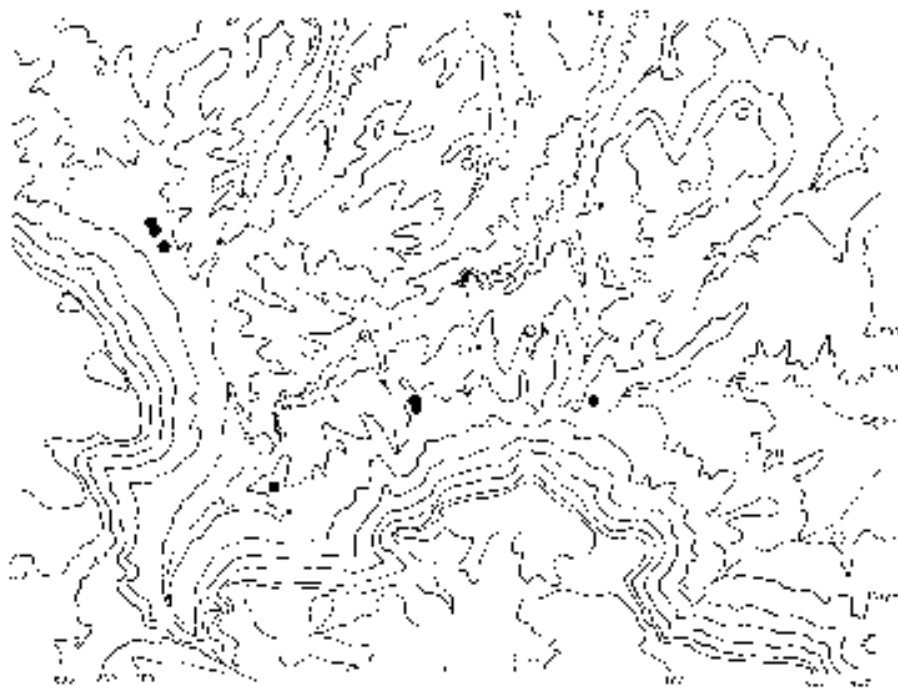


Fig. 3. Distribución de aldeas citadas en el siglo IX y áreas megalíticas al pie de la sierra Salbada (Aiara, Araba). Un punto negro señala una estructura tumular; un punto blanco, una aldea, en este orden: Angulo (1), Salbata (desc. a pesar de la correspondencia con la sierra) (2), Eversa (desc.) (3), Lizarzo (Lejarzo) (4), Urzanico (junto a Añes si no corresponde a este) (5), Pando (posiblemente junto a Campijo) (6), Fluiso (Lujo) (7), Ervico (Erbí) (8), Desolio (Sojo) (9), Dobaltia (Madarria) (10) y Salbantone (Salmantón) (11).

Que la realidad espacial medieval trasluce muy viejas estructuras culturales y de organización del espacio resulta evidente y así se ha señalado por los medievalistas, que han visto en los espacios emergentes en el Cantábrico en el siglo VIII la proyección de “hondas raíces... prerromanas” (G. de Cortázar, J. A.; Díez, C. 1982, 22). Debe señalarse también que por encima de estos espacios celulares aparecen otros espacios amplios englobadores, Bizkaia, Alava, y los de segundo nivel, lo que luego serán merindades, Trasmiera e incluso los valles amplios, como Ayala, Orduña, se constatan ya a finales del siglo VIII, acrecentándose los de segundo nivel en el siglo XI (op. cit., 30), como Durango o Arratia (año 1051), incluso los valles o secciones de nivel inferior, como Soba o Ruesga (año 1040), en la medida en que se van incorporando a lo que se ha dado en llamar un proceso aculturador (promoción del cereal, la religión cristiana romana, la articulación política medieval, la expansión del románico, (op cit, 22), en el que, a nuestro juicio, no se debería desdeñar el retroceso del euskera frente a la difusión del romance (el cual actúa desde dentro y desde fuera del territorio vasco).

Debe señalarse también que existen dos maneras de apropiación del espacio, la directa, el espacio de uso directo por parte de la comunidad (que se proyecta en los “egurbideak” históricos, v. Ojanguren. P. 1999, 146-154) y el espacio indirecto o común a diversas comunidades, como las parzonerías y sierras de Aizkorri, Altzania (Urzainqui, A. 1990), Entzia, Aralar, Urdaibai (Montes de Triano), Harribaltzaga (Ribáizaga) (Escáizaga, E. 1927, 183), Salbada. Como lo demostraría el caso de Aiara, es posible pensar que ambas formas coexistieron en la Prehistoria, y quizá remitan a momentos de realidades supralocales o a cambios en la distribución de la población con el abandono de los espacios superiores. Lo que es más sorprendente, en algunos casos, como Aiara, los dólmenes no se colocan en ese espacio comunitario sino en uno inferior, en los escalones hacia el valle, pudiéndose relacionar los monumentos de manera estrecha con la comunidad aldeana de base. Visto el interés de esta comparación creemos que debe ser profundizada en el microespacio, lo cual excede lo propuesto en este artículo, y por ello lo reducimos a la consideración de ciertos espacios paradigmáticos.

El caso de la Rioja Alavesa (v. fig. 4) puede ser igualmente ilustrativo ya que se colocan una serie de dólmenes en paralelo en las estribaciones de la sierra de Toloño (incorrectamente designada en los mapas como Cantabria), de tal manera que se produce una apropiación vertical del espacio desde la orilla del Ebro hasta la cumbre de la montaña, en una distribución similar a la que se puede observar en las villas fundadas en la Edad Media, aunque con alguna distorsión en esta última época en función de la cabecera de Laguardia. Son en conjunto y de W. a E. (v. fig. 4) los dólmenes de La Cascaja (Peciña), Layaza (Laguardia) (1), El Sotillo (Laguardia) (2), El Sotillo (Laguardia), San Martín (Laguardia) (3), Alto de la Huesera (Laguardia) (4), Chabola de la Hechicera (Elvillar) (5), El Encinal (Elvillar) (6) y Los Llanos

(Cripán) (7) y el hipogeo de Longar (Viana) (8), (Apellániz, J. M. 1973, 187-203 y Vegas, J. I. et Alii 1999). Este espacio ha sido interpretado con un patrón de emplazamiento regular (con la salvedad del distanciamiento relativo del primer monumento), expresión de una alta densidad de población y una economía estable fundada en la agricultura y subsidiariamente en la ganadería (Carlos, J. I. De 1988).

El espacio histórico tiene una repartición vertical tripartita de las zonas más ricas inferiores a las superiores, así (el superior se desdobra de acuerdo a las condiciones del espacio). Respecto a ese espacio los dólmenes se sitúan en una cota por encima de los enclaves superiores excepto el enclave de Cripán. Esta distribución disimétrica en vertical podría indicar un déficit de información en la zona inferior pero también sugiere un peso mayor de los recursos de la sierra aunque podría plantearse una simple proyección de cuestiones rituales (los monumentos funerarios dominando el espacio tribal de uso económico, como en Ayala). En todo caso se percibe un territorio distribuido en ese sentido, pudiéndose observar 7 comunidades megalíticas en paralelo (y sin filtrar la información cronológica de las tumbas ni el relativo acercamiento de algunas de ellas, lo que deberá hacerse en un futuro) en donde hoy en día se colocan 10. El espacio de cada comunidad prehistórica parecería menor que el correspondiente a las históricas en lo que respecta a la zona superior, dado que del resto no tenemos información prehistórica. En general, en este espacio más rico agrícolamente la relación global entre comunidad prehistórica e histórica es mayor (70%) que en el espacio analizado del valle de Ayala (45%). En cuanto a la disimetría histórica existente está en función de una evidente despoblación de los espacios superiores en momentos históricos que es conocida. Precisamente las pequeñas aldeas existentes en esos espacios superiores estarían más cerca de los ámbitos de esos espacios megalíticos. Así, entre Leza y Cripán se encontraban Berberana, Armentarana, Reinavilla y Quintanilla, 9 espacios habitados junto a Párganos, Laguardia y Elvillar. Estos 9 se encuentran más cerca de los 7 monumentos megalíticos (Cierbide, R. 1985). El que se hayan conformado 3 ó 4 aldeas sobre ese espacio vertical megalítico sería una consecuencia del aumento de recursos y demográfico a lo largo de la Historia que desdoblaría el espacio previo.

Entendemos que estos espacios de vinculación directa montaña-valle son más fáciles de ser interpretados pues el vínculo de unión por la proximidad geográfica es más intenso que cuando hay un mayor distanciamiento, como es el caso de las grandes sierras citadas con múltiples monumentos megalíticos sustancialmente alejados de los núcleos de población, tipos de espacios que dejaremos para un análisis en otro momento.

Los dólmenes de Artxanda deben ser entendidos de la misma manera, como proyección de espacios comunitarios, históricamente correspondientes a las anteiglesias de Zamudio al N. y Begoña al S. En este caso la información tiene un cierto carácter residual, dado que es justamente el tramo de la aline-

ación montañosa de mayor altitud el que ha conservado las tumbas megalíticas. Otra cuestión de interés es que uno de los dólmenes está aislado y los otros dos se emplazan en el mismo lugar, perteneciendo a momentos distintos. De la repetición de este fenómeno en otros enclaves geográficos se podría concluir en un futuro si obedecen a cambios socioeconómicos de las comu-

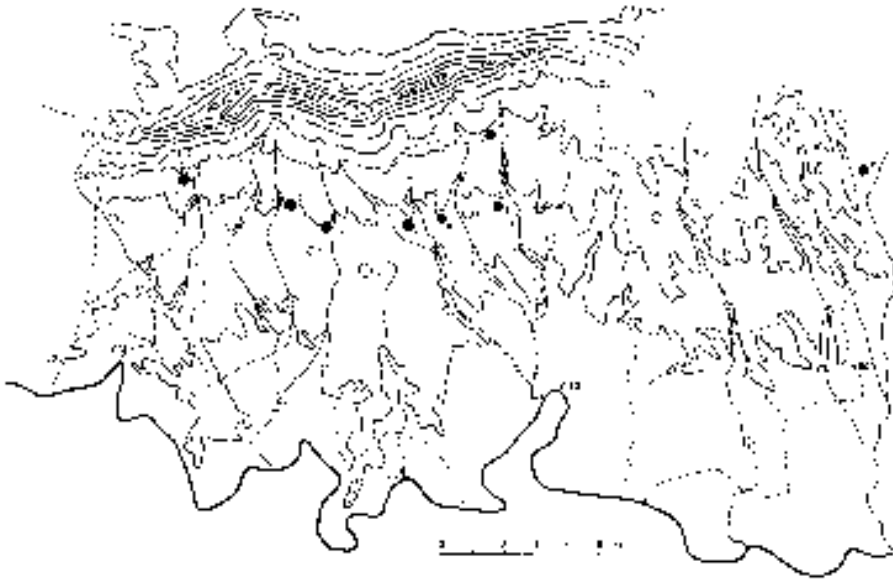


Fig. 4. Los dólmenes de La Rioja Alavesa (círculo negro): Layaza (Laguardia) (1), El Sotillo (Laguardia) (2), San Martín (Laguardia) (3), Alto de la Huesera (Laguardia) (4), Chabola de la Hechicera (Elvillar) (5), El Encinal (Elvillar) (6) y Los Llanos (Cripán) (7) y el hipogeo de Longar (Viana, Navarra) (8), (Apellániz, J. M. 1973, 187-203 y Vegas, J. I. et Alii 1999). Y poblaciones de su entorno (círculo blanco): Baños de Ebro-Villabuena-Samaniego (1-2-3), Elciego-Navaridas-Leza (4-5-6), Lapuebla Labarca-Laguardia-Páganos (7-8-9), Assa-Lanciego-Elvillar/Cripán (10-11-12-13).

nidades allí asentadas, como parece lo más probable (signo de aumentos demográficos, de cambios en la estratificación social o en las estrategias de aprovechamiento de los recursos).

3.4 El espacio megalítico cantábrico, el caso de Karrantza en la cornisa.

Tenemos por un lado una serie de manifestaciones megalíticas que circundan a la cubeta de Karrantza y por otra conocemos la articulación terri-

torial para ese espacio durante la sociedad tradicional silvo-agropecuaria de época medieval y moderna. Esta sociedad tradicional cuyas bases económicas son la agricultura, la ganadería y la explotación del bosque se nos muestra en época bajomedieval y en la Edad Moderna totalmente organizada, aunque también se produzcan ciertos cambios durante esas etapas. En época histórica imprecisa, el espacio carranzano se articuló en una serie de subespacios correspondientes a lo que se llamaron barrios, en cada uno de los cuales se desarrolló en principio en la Edad Media una parroquia. Esta articulación es desde luego muy antigua ya que en los textos altomedievales, es decir cuando el espacio cantábrico emerge en la historia, ya se expresa: “In Carrancia in barrio Biannes”, es decir, Biañes, año 1214 (Balparda, G. 1974, t. 2, 253), hasta el punto que es el espacio donde se proyecta la organización territorial y administrativa, por influjo de la propia organización eclesiástica que se superpone a la misma y de ahí las parroquias o cuadrillas encartadas o en general las “anteiglesias” de Bizkaia.

A nuestro juicio este ámbito de la barriada corresponde a una muy vieja organización del espacio que bien pudiera ser prehistórica y que encuentra su primera referencia en la época megalítica. Esto último suponiendo que sea cierta nuestra interpretación de que el espacio de barriada corresponde al territorio de uso económico de una colectividad básica del Cantábrico. Entendemos que estas células económicas agropecuarias de base se fueron desarrollando con el tiempo, de tal manera que en el caso de Karrantza se fraccionaron en algunos casos en dos espacios, uno superior y otro inferior. Esta diferenciación de comunidades en vertical, entre la de valle y la de montaña se atestigua, aunque sea en ámbitos mayores en época romana, tanto en el Cantábrico como en los Pirineos, en este último caso al norte los Oscidates montani y los Oscidates campestris entre los aquitanos (Caro Baroja, J. 1980, 239) y al sur los vascones del Ager y del Saltus (Sayas, J. J. 1994, 31). En esta división vertical se puede suscitar si es anterior la inferior o la superior, es decir se puede cuestionar el desarrollo económico y la división del espacio. Desde nuestro punto de vista el proceso de ocupación del espacio fue desde las zonas inferiores a las superiores, es decir, desde las menos a las más productivas, produciéndose en un segundo momento el desarrollo de la zona superior y en un tercer momento y como consecuencia directa de lo anterior la subdivisión del espacio. Para ello encontraríamos una justificación en la manera en que se fragmentaron esos espacios verticales en época histórica en el caso de Karrantza y la jerarquización política de los mismos. En este enclave constatamos que a la división del espacio en cinco núcleos correspondientes a cinco parroquias le sigue en época moderna la individualización de los espacios superiores y su fragmentación en otras parroquias como consecuencia del impulso demográfico, es decir, las de Presa y San Ciprián sobre las anteriores de Santesteban y Soscaño, respectivamente. Además de esta constatación real tenemos otra consideración teórica, la de que el espacio agrícola y económicamente de mayor rendimiento es el inferior, dado que el lap-

so de desarrollo y floración de las plantas, para consumo humano o animal, es sustancialmente mayor.

El “valle” de Karrantza, una cubeta grande entre montañas, con otra cubeta más pequeña al W., parcialmente ocupada por la villa de Lanestosa, aparece en el siglo XVI formado por agrupaciones políticas o 5 concejos (v. fig. 5): San Miguel de Ahedo, Santandrés de Biañes, Santesteban, Santa María de Soscaño y San Pedro de Sierra (Escárzaga, E. 1927, 45 y 97), añadiéndose luego en el siglo XVII Santecilla. Para observar si se superponen ambos espacios, el megalítico y el medieval, constatamos por un lado una serie de monumentos megalíticos en la zona superior y de restos líticos de superficie que se atestiguan por la ladera; y por otro una serie de cuadrillas históricas, llamadas concejos. Estos, sobre los que se proyecta una estructura religiosa medieval, puesta en funcionamiento durante los siglos X y XI están conformados sobre 16 pueblos (Ranero, Santecilla, Biañez, Aedo, Pando, Bernales, Lanzas Agudas, La Calera, Sangrices, San Ciprián, Matienzo, Soscaño, Santesteban, Sierra, Presa y Aldeacueva), (López, M. 1975, 11). Pueden reducirse en número si unimos aquellos que no tienen un desarrollo espacial desde el valle hasta la montaña y que en realidad representan la fragmentación de ese espacio en dos, como Ranero-Santecilla, Sierra-Aldeacueva, Santesteban-Presa, Soscaño-San Ciprián (v. fig. 5). En función de ello tendríamos 12 ó 13 unidades básicas o pueblos que responderían a ciertas condiciones previas: el desarrollo espacial desde las zonas bajas a las altas, su proyección en pueblos o barriadas, atestiguadas desde la Alta Edad Media.

La cuestión que suscita esta articulación espacial es si puede corresponder o no con una vieja división comunitaria del espacio. Creemos que este espacio es el de una comunidad prehistórica que se mueve desde el agua hasta el monte común, tal como se nombra en las explotaciones tradicionales de la Edad Moderna de Karrantza, año 1606: “todo lo demás que tiene de la oja del monte a la piedra del río en el lugar de Bollaín” (Saratxaga, A. 1998, 119). El aprovechamiento del territorio suponía una organización del espacio histórico consistente en dos subespacios: 1) el cercado de una parcela agrícola comunitaria colocada en el espacio inferior del mismo (la llosa), rodeado de praderas para el ganado (vacas, ovejas, cerdos) y colindante con el poblado; 2) el uso del espacio superior para actividades agrícolas en el caso de parcelas deforestadas y en el corto plazo, que se añadiría al anterior situado junto al emplazamiento de los poblados, además de para actividades ganaderas; 3) el movimiento estacional de la colectividad (o de una parte de la misma) hacia la zona superior a lo largo del año. En este espacio existe una reserva no dedicada a prado ni a huerta que es el bosque, reserva para ampliación de las áreas anteriores y para actividades complementarias de recolección y de caza, que no han debido desempeñar un papel desdeñable en épocas de dificultades por cosechas insuficientes o epizootias. La diversidad de recursos y la escasa presión demográfica serían factores que asegurarían un cierto nivel de vida, dentro de la sencillez de elementos materiales que existían.

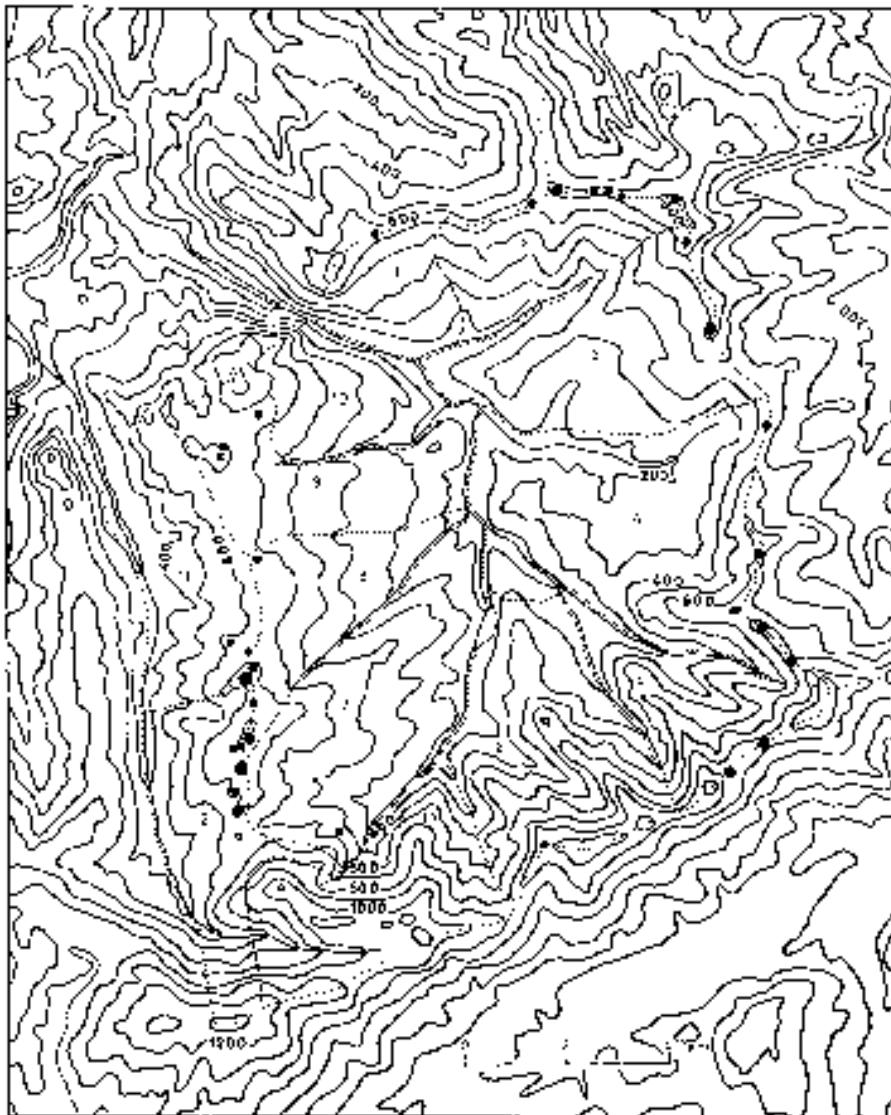


Fig. 5. Los espacios funerarios de época megalítica y los históricos correspondientes a las aldeas del valle de Karrantza. Fuente: López, M. 1975, 12; Gorrochategui, J.; Yarritu, M. J. 1984, 15-48. Cada punto sencillo señala una estructura tumular y si es un punto de mayor radio, una agrupación de ellas. Los números corresponden a las siguientes barriadas: Ranero (1), Santecilla (2), Bianañez (3), Aedo (4), Pando (5), Bernales (6), Sierra-Aldeacueva (7), Santesteban-Presa (8), Soscaño-San Ciprián (9), Matienzo (10), Sangrices (11), La Calera (12) y Lanzas Agudas (13).

De hecho observamos que los dólmenes se colocan en las alineaciones montañosas alrededor del valle de tal forma que cada barriada aparecería representada por uno o varios monumentos megalíticos, suficientemente dis-

tribuidos en sectores para pensar que el espacio superior estaba dividido no de manera espontánea sino como fruto de su uso continuado por una serie de comunidades (v. fig. 5). La densidad de la trama superior sería a su vez el signo de una notable presión sobre el medio desde épocas antiguas, neolíticas, por efecto de la relativa escasez de tierras cultivables, ya que la casi totalidad de los espacios productivos son de ladera. La simetría del espacio de ocupación humano es tal que cuando emerge una articulación política en la historia se proyectará sobre el fondo del valle en un lugar equidistante de las diferentes agrupaciones o concejos “bajo el encino de Soscaño o en el campo de Concha” (Escárzaga, E. 1927, 96).

En estos espacios es factible captar un proceso de desarrollo demográfico, teniendo en cuenta que en circunstancias normales en las comunidades agrícolas se genera un pequeño exceso demográfico que se acumula a lo largo de un desarrollo secular. La integración de esos nuevos habitantes es posible en ese espacio mediante la extensión del área de aprovechamiento, ya que existe una cierta reserva ocupada por el bosque, o mediante el fraccionamiento en nuevas comunidades, dependientes de la anterior, en este caso sobre los pastizales superiores, lo que llevaría a una mayor especialización del ámbito de montaña en el pastoreo. Y siempre considerando una continuidad en las especies cultivadas. Esta expansión demográfica la podemos constatar no sólo en el desdoblamiento de las barriadas históricas carranzanas sino en el caso de los pastizales del oriente de Gipuzkoa si proyectamos las tumbas de diferentes épocas prehistóricas. Así, en aquella zona los cronlechs demuestran una expansión del área cultural que debe proyectar una expansión del área económica. Desgraciadamente no podemos realizar consideraciones de ese tipo desde el Calcolítico al Bronce en otros espacios sino es a partir de la consideración de los ajuares. En la articulación de los mismos (v. más adelante) existen una serie de inconvenientes, como la desigualdad de los términos de la comparación, la posibilidad de la proyección de ámbitos de enterramiento distintos y la desigualdad de las conservaciones (por ejemplo, el sesgo de menor representación de los más materiales más modernos, también más evidentes y por lo tanto frágiles). Por el contrario, existen elementos de continuidad en las áreas de uso, como los túmulos, cronlechs o menhires colocados en las mismas, que también son el reflejo de cambios, aunque no podemos constatar la magnitud de los mismos. Además, los conflictos atestiguados en las tumbas podrían explicarse en función de estos procesos, por ejemplo en espacios densamente ocupados como la Rioja Alavesa (Vegas, J. I. et Alii 1999), por la incidencia de la presión de diversas comunidades sobre el medio, lo que daría lugar a una cierta diferenciación social, a comunidades con jefaturas tribales, por efecto de la mayor frecuencia de las acciones militares; e incluso con independencia de la metalurgia (que acentuaría ese proceso) tal como parecería constatar en los ajuares campaniformes.

3.5 La escala local de análisis para la evolución final o desarrollo del espacio megalítico o del poblamiento: el caso de Adarra-Mandoegi, Cornisa Cantábrica, Gipuzkoa-Nafarroa.

Definir el espacio de uso económico y por lo tanto el espacio político de las comunidades es relevante para la comprensión de los grupos humanos prehistóricos en el Cantábrico. En este cordón montañoso entre los ríos Urumea, al N., y Leitzaran, al S., constatamos una serie de tumbas pertenecientes a dos modalidades, las realizadas bajo túmulo y los cronlechs y monolitos. En estas manifestaciones se interrelacionan tres espacios, dado que se superponen por un lado el ritual o funerario y por otro el económico y el político, trasluciendo una sola realidad, el espacio local.

En el estudio de este espacio local debe evaluarse también el proceso temporal de ocupación del mismo y en conjunto las continuidades y discontinuidades que se producen en él, por debajo de un elemento de continuidad innegable que es el del idioma preindoeuropeo, común al área Cantábrica. En el espacio local la constatación de los elementos de continuidad dependen de la intensidad de la investigación (prospección, excavación) y de las modalidades históricas de uso de ese espacio. Elementos de continuidad directos, por ejemplo, la coexistencia en el mismo espacio de tumbas muy alejadas temporalmente, se ofrecen en una serie de estaciones megalíticas, aunque no pueda evaluarse el alcance de esta continuidad en un número suficiente de casos por la escasez de la investigación, como en el sector de Añes de la estación de Aiara. Un elemento de continuidad indirecto es el uso de un área determinada donde constatamos una cierta dispersión de tumbas megalíticas, que parecerían corresponder cada una a una comunidad, como también en la Rioja Alavesa. Sin embargo pueden, y deben, existir otros elementos de continuidad indirectos, colocados en los alrededores de ese espacio o en otros ámbitos, correspondientes a otros momentos, aunque no hayan sido localizados. Los vacíos de información en el espacio parecen claros, lo que no indica en absoluto un abandono económico del mismo, aunque se puedan realizar transformaciones en la modalidad de aprovechamiento, sino más bien cambios sociales y de pautas de enterramiento.

Cambios de ocupación del espacio megalítico: el caso de Onyi-Mandoegi.

Un caso relevante para evaluar el proceso histórico de ocupación del espacio entre el Neolítico evolucionado y el Bronce final nos lo proporciona el cordal montañoso de Onyi-Mandoegi, situado en la Cornisa Cantábrica entre los territorios de Gipuzkoa y, en parte, Nafarroa (v. fig. 6). El interés de este espacio está en que se proyectan monumentos funerarios antiguos, dólmenes, y modernos, cronlechs y cistas (además de monolitos y túmulos). Por ello el proceso de ocupación del medio natural es susceptible de ser estudiado en función de que las tumbas se colocan en el área de uso económico de una



Fig. 6. Los espacios funerarios de época megalítica (línea de puntos) y de la Edad del Hierro (línea de tramos cortos) en el cordal Adarra-Mandoegi. Círculo blanco, cronlech; círculo negro, túmulo; cuadrado negro, dolmen; cuadrado blanco, cista; triángulo, monolito. Monumentos y enclaves: 1, cista de Onyi; 2, cronlechs de Mulisko Gaina; 3, dolmen de Pozontarriko Lepoa; 4, cronlech de Arleorko Zabala y dolmen de Aballarri; 5, cronlech de Elurzulo; 6, monte Adarra y cronlech de Tximistako Egia; 7, cronlechs de Eteneta I y II; 8, monolito de Usobelartza; 9, monte Onyo y dolmen de Otsolepo; 10, cronlech y dolmen de Altxista; 11, cronlech de Etzela Mendebalde, cronlech y túmulo de Etzela y Etselako Txokoa, cronlech de Etselako Arritxuriak; 12, cronlech de Unamene y monte Leuneta; 13, cronlech de Samiel Soro; 14, cronlechs de Ezioko Tontorra y Ezioko Soroa. Fuente: Altuna, J. et Alii 1990.

comunidad. Y la comparación es sustancialmente ilustrativa: los dólmenes se emplazan en un espacio mucho más restringido, en la zona superior de este cordal montañoso, en dos núcleos, que pudieran corresponder a sendas comunidades, aunque nuestro nivel de información no es suficiente para asegurarlo. Al N., en dos collados adyacentes al monte Onyi (dolmen de Pozontarriko Lepoa, 390 m., ajuar calcolítico de puntas de flecha de pedúnculo y alas) y Aballarri (dolmen de Aballarri, 545 m., sin excavar). Al S., en collados del cordal formado por los montes Onyo y Azketa, dólmenes de Otsolepo (676 m.) y Altxista (685 m.), separados por Argarateko Arriak, ambos sin excavar. Por último podría haber un tercer núcleo más al S., en un collado entre los montes Asteasuko Kaskoa y Leuneta, con el dolmen o cista de Etselako Txokoa (780 m.).

Este espacio megalítico con tres núcleos independientes que pueden corresponder a sendas comunidades (v. fig. 6) se amplía notablemente en el Bronce final-Edad del Hierro, con numerosas tumbas (cronlechs y cistas) que a lo largo del cordón dan continuidad a las dos primeras áreas reseñadas, se decir, que aumenta la densidad de tumbas y el área global abarcada por las mismas. Se pueden emplazar los monumentos en los siglos VIII-VII a. C., tal como se deduce de los cronlechs excavados hasta la fecha, como el conjunto de 4 cronlechs, una cista y un menhir de Mulisko Gaina, con datación del cronlech 3 en 2.630 ± 90 B. P. (Peñalver, X. 1987). En ello debe verse un aumento demográfico y quizá también la formación de unidades políticas mayores reuniendo comunidades agropecuarias de base. Estas nuevas tumbas comparten el espacio con las anteriores, a lo largo de la zona elevada del cordón montañoso, pero en ámbitos distintos, lo que sugiere un deseo de preservar lo anterior no desdeñable. Pero además se colocan en estribaciones secundarias del cordón, como el conjunto de cista y cronlechs de Mulisko Gaina (415 m.) o el monolito de Usobelartza (en este caso con las reservas sobre su atribución cultural). Y también se colocan en la punta de uno de los montes más relevantes, como la cista de Onyi (535 m., excavada, aunque desgraciadamente sin ajuar significativo y además con datación absoluta aberrante) (Altuna, J. et Alii 1990), lo que sugiere una jerarquización del espacio notable, pudiendo incluso en este último caso proyectar una jerarquización de las tumbas. El tercer núcleo al S. tiene una cierta disposición central en torno al monte Leuneta en cuyas estribaciones se colocan los diferentes cronlechs, algunos en posición de ladera o descentrada, como Etselako Arritxuriak (795 m.) o Etzela Mendebalde. Por último, se proyecta un nuevo espacio de uso funerario y, presuntamente económico, en un cordón secundario de la alineación montañoso donde se enclava el monte Pagoaga y a menor altitud que los anteriores, con sendos grupos de cronlechs, Ezioko Soroa (459 m.) y Ezioko Tontorra (475 m.).

En conjunto, la ampliación espacial y la mayor densidad del espacio interno sugiere una mayor intensidad de uso del medio como consecuencia de una

mayor presión demográfica, y al margen de consideraciones de tipo social que sólo pueden venir después de excavados los monumentos. A su vez, la situación de las tumbas posibilitaría la consideración de una jerarquización de las mismas, en función de una sociedad con una mayor diferenciación social interna en un momento más evolucionado. Por otra parte, se proyecta en este espacio un proceso de aculturación de las comunidades preexistentes, en forma de adopción de ritos diferenciados, la cremación y la erección de cronlechs. Es decir, que los elementos de continuidad son patentes, el coexistir en el mismo espacio pero respetando las tumbas anteriores, al tiempo que el paso del tiempo proyecta una mayor extensión del área de uso económico, quizá en ese momento evolucionado ya especializado en pastizales de montaña, en función del enfriamiento climático de la época, que habría acortado las posibilidades de cultivos sobre espacios recién deforestados.

Este modelo de continuidad-discontinuidad creemos que puede ser proyectado al resto del Cantábrico, aunque en otros espacios megalíticos carecemos de tumbas evolucionadas proyectadas sobre los mismos, lo que debería achacarse a modalidades diferenciadas de enterramiento, es decir, a una cierta diversidad de adaptación a los cambios de las comunidades megalíticas preexistentes. De hecho, las comunidades nativas emergentes en las estelas funerarias romanas muestran una cierta diversidad de ritos o creencias, desde luego acelerados en esa época, pero que podrían estar produciéndose desde época anterior, en relación con el desarrollo metalúrgico y el intercambio comercial consiguiente.

Debemos constatar por lo tanto dos procesos, uno de continuidad de uso del mismo ámbito, los pastizales de montaña, con un respeto por las tumbas anteriores, lo que sugiere que lo realiza la misma comunidad y otro de discontinuidad, la de cambio de ritos y de estructuras funerarias, lo que sugiere que existe un proceso de aculturación relevante de esas comunidades asentadas previamente. Que esta situación sea extrapolable al discurrir histórico de las comunidades éuskaras parece factible, dado que el último proceso es reconocible en el marco de los cambios producidos por la difusión de los pueblos y lenguas indoeuropeos y, por lo que se ve, en la difusión de nuevos conceptos religiosos. No parece factible un cambio de esa magnitud si no hay por lo menos una inmersión de las élites de las comunidades previas en el juego proporcionado por las nuevas comunidades y poderes tribales.

4. LA EVOLUCIÓN DEL ESPACIO MEGALÍTICO

La interpretación del espacio megalítico descansa también en la reconstrucción de espacios posteriores, indoeuropeo, céltico, romano y medieval, además de en la proyección de las condiciones ecogeográficas de cada entorno. Tradicionalmente se ha pensado que estos espacios históricos se oponen pero en realidad se observa una tendencia hacia la superposición. Debe, así,

calibrarse el impacto de los procesos anteriores sobre la comunidad éuskara y no obviar que no se produjeron ambos fenómenos de indoeuropeización y celtización por el hecho de que un elemento anterior, el euskera, haya sobrevivido. Si proyectamos sobre la trama espacial previa distribuciones significativas podemos llegar a diversas conclusiones relevantes, referentes al área donde se produjeron esas influencias indoeuropeas y a la densidad del impacto. Además, se puede realizar una comparación entre el espacio tradicional histórico y el poblamiento durante el Bronce final-Edad del Hierro, en ciertos casos como la Llanada Alavesa, el Occidente de Alava o la zona media y sur de Navarra. En la escala local, por ejemplo en Treviño occidental (Gil Zubillaga, E.; Filloy, I. 1986) hay una información muy relevante, que permite la comparación de los espacios correspondientes a las aldeas históricas y los poblados fortificados, apareciéndose ambos relacionados de manera estrecha.

También interesa la articulación territorial del espacio cantábrico correspondiente a época romana, porque deja entrever una articulación prerromana y espacios generales integradores de realidades o ámbitos más pequeños. Y por último la medieval, cuyo interés está en la mayor densidad de información y en la mayor calidad de la misma ya que, aunque tenga el inconveniente de su excesiva modernidad, puede trasponer realidades más antiguas (naturalmente más factibles de ser interpretadas correctamente en la medida en que supongan la continuidad de ciertas realidades de época romana). El hilo conductor y la justificación de esa proyección del espacio en tiempos distintos está en la consideración de las actividades básicas de las comunidades asentadas en ese espacio y también en la organización social de esos recursos en comunidades, aldeas o barrios. En ese sentido, los cambios producidos desde la Edad Media en adelante parecen mayores que los que han podido producirse con anterioridad y sin embargo la vieja articulación territorial concejil ha sobrevivido. Por ello parecería lícito retrotraerla hacia atrás, aun aceptando que haya elementos de continuidad (el principal el idioma vasco) y de discontinuidad (por ejemplo las guerras y movimientos de población). También por motivos sociales podría haber cambios notables, pero en ese ámbito observamos con sorpresa ciertos elementos de continuidad, por ejemplo en la estructura social del valle de Galdames (Enkarterri, Bizkaia) definida como igualitaria desde el siglo XV (García de Salazar, L. 1967) hasta el final del Antiguo Régimen (83 % de propietarios en 1800, s. Fernández Begue, R. 1996, 183), a pesar de que las organizaciones socio-políticas son diversas.

La cuestión la hemos intentado resolver con el establecimiento de una cierta comunidad agropecuaria de base, a escala del Cantábrico. Esta se enclavaría en un espacio donde pudiera realizar diversas actividades en ambos campos de agricultura y ganadería y con una cierta reserva espacial en forma de bosque sobre la que poder expandirse en caso de necesidad, de aumento demográfico. Esta comunidad de base podría encajar con lo que históricamente se muestra como barrio, cuadrilla o parroquia (en sentido estricto) en

su vertiente religioso-política. Al mismo tiempo la agrupación de espacios de ese estilo constituyen los valles, concejos o anteiglesias, donde el todo toma el nombre de una de las partes. En el nivel inferior, el barrio, cuadrilla o parroquia aparecen a su vez diversas subdivisiones. Es factible pensar que estos sean la escisión de un sólo grupo humano prehistórico, en donde ha habido una disociación por efecto de una cierta especialización en el espacio de diversas actividades, consecuencia última del aumento demográfico a través del tiempo. En el nivel inferior parecen proyectarse nombres prerromanos que aseguran una vieja vigencia de esa articulación espacial, por ejemplo, quizás los acabados en “-ika” o “-aka” en la zona central de Bizkaia.

4.1 El espacio indoeuropeo

En la escala temporal una primera cuestión a resolver es el impacto de la indoeuropeización sobre el sustrato megalítico. En relación con ella podemos establecer una hipótesis de trabajo en la asociación espacial del idioma preindoeuropeo que se proyecta en todo el espacio interno de la Euskal Herria histórica aunque con intensidad variable según comarcas. En función de esa aproximación a nuestro juicio el proceso de indoeuropeización fue profundo tanto en el Cantábrico como en el Alto Ebro, es decir, no sólo desde los límites del espacio éuskaro hacia el interior del territorio sino también en el interior mismo, al menos en ciertas comarcas. Con independencia de la toponimia y de la antroponimia de época romana, esta influencia parece demostrarse en la difusión de nuevas formas religiosas y funerarias de raíz indoeuropea, como el rito de la incineración, en el mismo corazón del Pirineo y de la zona Oriental de la Cornisa Cantábrico, es decir, en el área de máxima densidad de círculos de piedra o cronlechs, “harrespil”, superponiéndose al antiguo espacio megalítico. Por lo tanto la pervivencia del idioma sólo sería posible porque existía una trama espacial (o política) y un cierto desarrollo demográfico que explica la supervivencia de algunos rasgos de las sociedades previas aun cuando fuesen políticamente incorporadas a una superestructura socio-política indoeuropea. Esta se conformaría como un poblamiento seguramente intercalar con núcleos centrales de dominio del espacio, como demostraría la toponimia, y pertenecientes a grupos que practicaban agricultura y ganadería.

4.2. El espacio antiguo

La reconstrucción del espacio antiguo debe partir de aplicar una escala de análisis regional o local a una escala más amplia, la única que se refleja en los textos latinos. Para ello debe tenerse una cierta información básica sobre el número de asentamientos del territorio en aquella época o al menos sobre las cabezas comarcales (poblados fortificados), que en gran parte nos sigue faltando. En función de la todavía escasa investigación del espacio local, la escala del ordenamiento regional que llevan a cabo los romanos puede ser

suficiente para entender algunas formas básicas de organizar el espacio cantábrico a lo largo del tiempo desde épocas prehistóricas, desde la Prehistoria reciente. Y esto es posible porque el modo de vida no ha sufrido transformaciones radicales y ciertas cuestiones básicas se proyectan por lo tanto en sociedades que con la misma base económica, la agricultura y la ganadería, pretenden una organización social relativamente diferenciada. Es decir, que esta articulación del territorio sería una plasmación de ciertas realidades siempre presentes, de larga duración.

En principio, los historiadores o geógrafos de época romana, y el primero de ellos, Estrabón, así lo presenta, ven el espacio del Norte de la península como un todo, aunque no debe identificarse el norte con la Cornisa Cantábrica que sólo es una parte del mismo. Pero en esta aparente unidad observan una serie de tribus que articulan el ámbito geográfico en espacios propios que se emplazan en ambas vertientes del sistema montañoso que se desarrolla de W. a E. (Caro Baroja, J. 1973, 39-46). Así, sin considerar a los galaicos, que se extendían por la fachada atlántica al N. y al S. del Macizo Galaico, los astures comprendían no sólo el espacio al N. de la cordillera Cantábrica sino una parte sustancial al sur de la misma por las cuencas del Esla hasta el mismo Duero, traspasando también a la cuenca del Sil (El Bierzo); de la misma manera los cántabros se extendían al N. y al S. (desde Juliobriga a Pisoraca, en el Alto Ebro y algo del Alto Duero); los autrigones también desde La Bureba en el Alto Ebro hasta Las Encartaciones en el Cantábrico; igualmente los caristios (desde la cuenca de Gernika a la mitad occidental de la Llanada alavesa), los várdulos (desde la costa guipuzcoana a la mitad oriental de la Llanada alavesa) y los vascones (desde Oearso hasta la misma cuenca del Ebro, con división entre Saltus y Ager). Todo ello de acuerdo con las interpretaciones clásicas sobre la cuestión y, especialmente, Ptolomeo, quien llega a una mayor sistematización y concreción, no exenta de errores en parte quizá por ese mayor empeño clasificatorio.

En todo caso, existe una clara repetición en la forma de ocupación del espacio. Esta articulación podría tener su razón de ser en la apropiación del territorio por las movimientos de población indoeuropeos desde el interior hacia la costa, pero también podría tener que ver con una previa articulación del espacio en función de las comunidades megalíticas y sus sucesoras. Incluso se pueden conciliar ambas maneras, como luego se reforzarán en la Alta Edad Media en un proceso que guardaría notables similitudes con los anteriores. ¿Es posible probar o justificar tal articulación del espacio con anterioridad? Para ello habría que relacionar las principales rutas de comunicación a escala intraterritorial (los grandes caminos altomedievales, en realidad una red de diferentes caminos a varias escalas) con las áreas megalíticas. En todo caso, este norte geopolítico está compuesto de lo que llamaríamos comarcas o espacios naturales hoy en día relativamente diferenciados aunque quizá no tanto en aquella época; la Cornisa Cantábrica, los valles

altos del interior, correspondientes a la depresión del Duero o a la del Ebro y el propio valle del Ebro.

Por otra parte, puede quedar la duda de si los romanos no aplican criterios puramente administrativos en el territorio, es decir, asignar los espacios norteños de escaso valor a las tribus más desarrolladas del interior. A nuestro juicio las pruebas arqueológicas vienen a corroborar parte de lo dicho, si observamos algunos otros ejemplos. Es el caso de los cántabros vadinienses de los que se conservan una serie de lápidas funerarias que marcan un territorio muy definido desarrollado entre ambas vertientes. Otro sería el caso de los vascones, cuya distribución en ambas vertientes también se atestigua en las unidades políticas emergentes en la Alta Edad Media, lo que da indudable valor a ese testimonio anterior. Esto tampoco querría decir que todos los supuestos se deban interpretar de la misma manera y menos cuando los espacios del sur son los que a menudo están únicamente caracterizados, por ejemplo para los autrigones. Otras divisiones medievales de la Llanada nos muestran que el espacio estaba articulado de esa manera, proyectando quizá articulaciones prehistóricas, y también se observan en la estructura dialectal euskérika (Knörr, E. 1985).

Por otra parte, la distribución N-S de los ámbitos tribales entra en contradicción con los usos básicos del medio natural al incluir comarcas naturales con usos diferenciados. En ese sentido, se nos muestran más como entidades políticas que culturales o materiales, al sumar recursos económicos diferenciados y culturas materiales igualmente diversas. Entra también en relativa contradicción con fenómenos culturales y religiosos que muestran otra distribución general y particular, E-W, especialmente. Los dos más claros, el fenómeno de los cronlechs que en su área de distribución en esa dirección comprende tribus diferenciadas por los romanos (al margen de que sean reflejo de una cierta indoeuropeización). Y también la distribución del euskera medieval, muestra emergente de una realidad anterior, con una articulación en sentido E-W. Ante esta realidad caben diferentes interpretaciones: 1) la proyección desde instancias superiores, el imperio romano, de una división administrativa artificial (aun siguiendo una cierta base sociolingüística, dado que los romanos tenderían a evitar en lo posible problemas derivados de la artificialidad de las divisiones administrativas impuestas; aunque sabemos de peticiones para realizar otras subdivisiones, como la de Novempopulania respecto de los galos en Aquitania atestiguada en la inscripción de Hasparren, v. Goyhenetche, M. 1999, 56-59); 2) la existencia de una realidad múltiple desde el punto de vista cultural, como reflejo de una larga etapa de aculturación por efecto de la llegada de los pueblos indoeuropeos, acelerada en época romana. La importancia de este proceso, cuya organización e implantación se debe estudiar a escala local, no deja lugar a dudas (topónimos en “-ika”, incineraciones en el área pirenaica, poblados fortificados,...). Este proceso de aculturación tendría, como después el de romanización, ritmos distintos según las comar-

cas. La estructura tribal sin embargo parecería anterior al mismo, dado que hay ámbitos variados incorporados en el espacio, a no ser que una estructura jerarquizada, propiciada por la conquista militar, lo explique. En la escala comarcal habrá sin embargo diferencias notables, destacándose que aquellos espacios más romanizados son los más aculturados por los indoeuropeos (la cuenca de Gernika), por efecto del dominio militar en el espacio (apoyándose en recintos fortificados como el de Pico Moro sobre la depresión de Sopuerta-Galdames; en el control sobre vías de comunicación, como pudieran ser Malmasín, Arrigorriaga o El Cerco de Bolunburu, Zalla).

Sin embargo, en ámbitos aparentemente indoeuropeizados y romanizados, como el entorno de la ciudad de Flaviobriga, se conservan nombres vascos (Ribálzaga=Arribaltzaga), muestra de que la realidad es siempre más compleja de lo que parece. Así, cuando se señala el valor de aculturación que tiene las élites de las sociedades tribales que buscan su autopromoción con la latinización de la lengua y de los nombres (aunque en ocasiones dejando muestra de su origen, como el altar dedicado al dios Erauscorritseheen Hasparren, v. Goyhenetche, M. 1999, 104-107) y con la promoción de la nueva religiosidad, así como el papel imitativo de las clases mejor colocadas (que se proyectaría en nombres nativos acabados en “-ano”, como Galdakano, Otxandiano). En cuanto a los nombres de las ciudades debe aceptarse que fueron impuestos por los romanos, por las poblaciones nuevas asentadas o cambiadas por ser políticamente más aceptables, pero han coexistido también hasta nuestros días los nombres populares, en un proceso semejante al que se produjo durante la Edad Media (Villaro/Areatza, Miravalles/Ugao, prácticamente la totalidad de los lugares aforados). No haría falta incluso asentar poblaciones extrañas, sólo basta con la imposición del nombre por parte de la autoridad política superior o por las élites del espacio urbano. En función de estos procesos parece factible plantear que hubo un proceso de desmembración del espacio y de particularización del mismo, lo que debe ser observable a escala local (terminaciones en “-ano”, “-ana” vinculados a nombres de persona, proceso agudizado en la Alta Edad Media) y que sin embargo fue inconcluso pues no destruyó el espacio comunitario, ni a menor escala el espacio de la aldea local, que siguió existiendo con el paso del tiempo hasta nuestros días.

En conjunto el espacio lingüístico se ofrece de manera variable a lo largo del tiempo. Aceptando la articulación de estratos lingüísticos propuesta anteriormente debe intentarse una aproximación al espacio lingüístico prehistórico proyectando el espacio romano y el medieval. Y para ello debe aceptarse que a lo largo del tiempo el euskera ha coexistido y retrocedido frente a los idiomas más poderosos que le rodeaban. La reconstrucción del espacio prerromano tiene notables dificultades dado que los nombres de enclaves, ciudades, mansiones o puertos, son bastantes escasos e inconcretos (“el puerto del río Deva”, por ejemplo), y los epígrafes de época inexistentes en nume-

rosos espacios comunitarios de la Euskal Herria Cantábrica. Los escasos atestiguados parecen mostrar nombres indoeuropeos aunque habría que deslindar los nombres procedentes del contexto de ciudades (y de su hinterland), dado que estas son polos de atracción de personas de lugares muy distantes; así como los pertenecientes a las guarniciones que sabemos existieron; y naturalmente los que se difundieron por efecto de la propia romanización. Para resolver esta cuestión deben tenerse en cuenta no sólo los documentos epigráficos sino también los estratos atestiguables en la toponimia. En ellos es factible determinar rasgos que son el reflejo de realidades subyacentes. Por ejemplo, la división del euskera en ciertas variedades locales en espacios definidos, como la Llanada Alavesa, muestra que hay una repartición E-W que es claramente relacionable con la división de la Llanada en dos subespacios correspondientes a las tribus de Caristios y Vardulos, y también observable en la Edad Media (Divina-Mendoza y Gebara). Ciertos topónimos, como los que tiene la raíz “ilun-“ muestran un sustrato de época romana o prerromana, claramente relacionable con Ilunberri, en la Edad Media Irunberri (Lunbier), que al noroccidente no parece evolucionar como lo hará al E. y S. (Irun, Iruña, Iruinea). Así, en Bizkaia se repite la forma Ilunzar (es decir, “castroviejo” o la ciudad vieja). Estos nombres parecerían mostrarnos que efectivamente el euskera se extendía en época romana a los lugares del occidente de Euskal Herria donde se atestigua en época medieval. Por otra parte es evidente su carácter de préstamo o al menos su comunidad de origen con el ibérico, con la forma antigua más culta en “ilon-“ (Pompaelo). En todo caso el término “irun” (ciudad), evolución del anterior, es antiguo, dado que desde el siglo IX se atestigua la forma evolucionada iri/uri que la sustituyó.

Debe entenderse que Euskal Herria fue plenamente integrada en el espacio romano y que se pusieron en funcionamiento todos los mecanismos de asimilación que difundió el Imperio. Esto explica por qué la influencia latina (aunque el romance se haya sobrepuesto a ella) es tan grande en el idioma, porque el latín influyó en el mismo desde dentro, en un proceso continuo que conectó la latinización con la difusión de los romances. Si no hubiera existido esa romanización interior la influencia latina habría sido mucho menor y atribuible a una capa de difusión superficial. Esta influencia se produjo en los espacios más romanizados internos (ciudades, emplazamientos diversos), donde debieron coexistir ambos idiomas, el oficial, latín, y el familiar, como atestiguan la doble versión de los nombres de los emplazamientos, la oficial (Veleia) y la popular (Iruña), evidente en el caso de la ciudad alavesa que fue destruida en el siglo VIII, aunque subsistiese después un pequeño enclave en forma de aldea. Desde luego hay una serie de cuestiones insoslayables: que el euskera ha coexistido con otros idiomas en su propio territorio; que ha retrocedido primero frente al indoeuropeo y luego frente al latín y romance. Ciertos topónimos del Este de Cantabria permiten una reflexión sobre esta cuestión, ya que son interpretables por el euskera tal como ha emergido en tiempos históricos, por ejemplo Biscabru (Bizkarburu) (monte del valle de

Aras, en la cuenca del Asón, merindad de Trasmiera), Argorio (peña calcárea de Ramales), Indurrieta (en el espacio de Ruesga) o Ribáizaga (Arribaltzaga), entre las cuencas del Agüera y de Castro Urdiales, por poner varios ejemplos inequívocos (estos últimos de indudable interés dado que se proyectan en el entorno inmediato de la ciudad romana de Flaviobriga). Estos y otros permitirían una aproximación a la realidad lingüística prerromana en cuanto que proyectan una realidad muy anterior que emerge en tiempos históricos, cuando exista una documentación más rica que permite este tipo de análisis local.

4.3. El espacio medieval

Aunque mucho más tardío en el tiempo podría servirnos, dado que no existen alteraciones sustanciales por la actuación de fuerzas externas (árabes), aunque sí por la de visigodos y asturianos, aunque estas últimas serían de tipo político. El interés estaría en la escala del análisis, que es ya de tipo local y nos acerca con toda claridad a las distribuciones de megalitos en las áreas definidas como tales. Sobre la entidad del valle como espacio de agrupación de la barriada con unos límites geográficos dados, establecidos y reconocidos, es evidente en la propia toponimia que se ha proyectado sobre fracciones del mismo. O incluso en ciertos cargos medievales o feudales que se yuxtaponen a esa realidad, como el de merino o representante del señor, “ibarraren jauna” en el siglo XVI.

Aunque el sustrato vasco haya sobrevivido obviamente se proyectan en él tiempos muy distintos. Resulta evidente que cuanto más afuera de ese ámbito étnico vasco más antiguos son los restos conservados dado que se produce un efecto de aculturación desde la Alta Edad Media. Aunque los ritmos, incluso de manera aproximada se nos escapan resulta evidente que por el W. se pueden poner fechas al comienzo de ese proceso. Así, en el siglo IX se fundan comunidades monásticas que transforman el espacio previo de manera notable (Santa María del Puerto en Santoña), colonizan el espacio central como en Valdegobía e incluso se proyectan como cuñas en espacios secundarios (Acosta en Oikoizta, Zuia y Burceña, Mena). La inclusión de las comunidades rurales en estructuras religiosas estaba suficientemente madura tal como se observa en el valle de Ayala ya en el siglo IX. Es obvio que no todos los enclaves tuvieron éxito en ese proceso de aculturación pero sí parece que produjeron transformaciones de tal manera que hacia el siglo XIII el romance había penetrado por todo el occidente. Al menos 500 años parecen suficientes para posibilitar ese proceso.

La emergencia del idioma en la Edad Media se ha interpretado como efecto de un proceso de expansión del euskera fuera de sus límites, que a nuestro juicio hay que demostrar. Esto permitía conciliar la escasa presencia del idioma en los también escasos documentos epigráficos del interior de Euskal Herria. Estos documentos de época romana sin embargo probarían la asimi-

lación más rápida de las élites, y de algunas comunidades, indoeuropeas o indoeuropeizadas, al tiempo que en otros casos serían el reflejo liso y llano de comunidades externas asentadas en época romana, lo último evidente en algunos casos de Araba. La interpretación por la que nos inclinamos es que existen diferentes idiomas coexistiendo en el territorio, proyectándose sólo los idiomas socialmente más considerados, y sólo en los espacios más romanizados emergería el euskera. Los idiomas nativos se proyectan en las inscripciones en el momento previo a desaparecer, sólo sobreviviendo aquellos que forman parte de una sociedad diglósica. Y desaparecen porque compiten en el ámbito oficial con el idioma que cumple esa función mejor que otros, el latín. El euskera, reservado al ámbito familiar recibe el influjo del idioma oficial y se mantiene hasta emerger en el proceso de aculturación medieval, para posteriormente ir desapareciendo también frente a los romances.

También debe señalarse que el hecho de que aceptemos un área de la lengua vasca no significa que no hubiese otras comunidades o minorías intercaladas, por ejemplo indoeuropeas (y luego latinas), cuestión que debe interpretarse mejor en la escala local. De hecho es evidente durante la Edad Media y la Edad Moderna que existe en Euskal Herria una diferenciación social idiomática: la iglesia y la nobleza rural emplean el castellano y antes el latín (y en segundo lugar el euskera) y el pueblo, excepto una minoría en ámbitos urbanos, sólo el euskera. Esta situación plurilingüística es la que se expresa justificativamente para el caso de Ayala, empleando los presupuestos interpretativos de la época: “E los que vinieron a poblar la tierra de Ayala, dellos eran vascongados, e dellos latinados. E los vascongados llamaron a este Don Vela Jaun Velaco e los latinados Don Belaco” (Irigoyen, A. 1984, 204-205. No vemos por qué no ha podido suceder así en etapas anteriores, dado que es una situación que ha sobrevivido a lo largo del tiempo, y se podría considerar también de larga duración, atestiguable también en época romana (el latín enseñado entre las élites indígenas para su promoción social y el dominio del colectivo) y que en realidad ha llegado hasta nuestros días. Debe plantearse por lo tanto una cierta variabilidad espacial y social de idiomas, incluso formando parte del mismo grupo étnico en época prerromana (de lo cual parece un exponente la tribu de los Vascones, la principal del espacio éuskaro, en cuya zona sur las influencias en la onomástica del ibérico y del indoeuropeo son evidentes). Es más, estos grupos étnicos prerromanos o romanos parecen estar constituidos en cuanto que son grupo culturalmente heterogéneos y, en cuanto existen diferentes grupos sociales, podemos decir que también socialmente diferenciados. Esta heterogeneidad parecería también proyectarse en los demás niveles, como la religión por ejemplo, cuya complejidad con la plasmación de creencias diversas es clara. La conquista romana no hará sino acentuar esta tendencia al asentar grupos humanos diferenciados aunque fuese de manera puntual, desarrollar la apertura económica mediante el comercio y la captación de recursos a favor de

una minoría social y del estado romano (aunque esa actividad por encima del marco local ya existía anteriormente) y promocionar nuevas formas políticas, sociales y religiosas. El proceso sin embargo parecería inconcluso en Euskal Herria y de ahí el éxito de las comunidades éuskaras, excepto las más romanizadas.

Otra posibilidad es la del desplazamiento de algún grupo humano desde algún otro espacio en otra época, por ejemplo romana o medieval. En realidad el hecho de que la hipótesis más razonable sea la contraria no la invalida totalmente, pero las dificultades se acrecientan con la cuestión de la factibilidad. Es decir, resulta imposible el movimiento de un pueblo notorio (dado el éxito que acompañaría a este movimiento) durante la Edad Media sin que se hayan registrado noticias de este movimiento. La hipótesis de los movimientos de pueblos éuskaros desde ciertas áreas ha sido defendida en múltiples circunstancias y por diversos autores. Aunque como mera hipótesis debe ser tenida en cuenta, dado que conocemos diversos movimientos de pueblos a lo largo de la historia, la cuestión última siempre es la factibilidad de esos movimientos. Para ello es necesario un espacio y un tiempo dados. Encontrar espacio es problemático, puesto que existe un espacio poblado y estructurado de antiguo, pero lo es más aún si consideramos la variable temporal. En general, la principal traba está en que el pueblo vasco está en un proceso recesivo, como la lengua y no solo a nivel cultural, sino también político a lo largo de la historia desde que emerge en el solar actual hacia el siglo VIII de nuestra era. Por ello resulta difícil explicar el posible éxito del mismo en un determinado período. Representa más bien a la multitud de pueblos que fueron desapareciendo, muchos de ellos con multitud de hablantes y con expresión escrita, en los diversos procesos de aculturación en la antigüedad. A decir verdad se podría decir que el pueblo vasco también emerge para desaparecer (como desde dentro y desde fuera se ha expuesto repetidamente, desde el s. XIX así Humboldt, W. Von 1974, o Unamuno, s. Torrealdai, J. M. 1998, 57-58), pero a pesar de las fuerzas externas que actúan, sobrevive (tanto en hablantes como en territorio), aunque restringiéndose en el espacio de manera notoria. Además, para validar esta explicación debería encontrarse un solar originario externo y todavía más debería explicarse un tiempo para un movimiento desde ese solar original hasta el espacio emergente en el siglo VIII, aspectos ambos que están sin demostrar. Y lo que es peor, debería pensarse en un pueblo suficientemente estructurado como para influir decisivamente en el solar conquistado, que necesariamente hubiera dejado huella en la documentación que, no hay que olvidarlo, no muestra ninguna de las múltiples circunstancias citadas.

La expansión medieval del euskera se ha basado en la consideración de que la aparente extensión del mismo en determinado momento, el siglo XI por ejemplo, es superior a la de la distribución de los nombres indoeuropeos de las inscripciones de época romana. Pero los nombres indoeuropeos se distri-

buyen por todo el espacio vasco y no sólo por el presuntamente repoblado. Para entender esta distribución debe considerarse que los nombres indoeuropeos emergen más fácilmente, además de una cierta indoeuropeización de la población precedente. En realidad la dispersión de los topónimos vascos en el occidente de Alava muestra que hay una menor densidad de nombres vascos precisamente en las zonas más indoeuropeizadas, lo que iría en detrimento de la expansión del idioma en época medieval. Así, en la Rioja Alavesa, en el distrito de Laguardia no hay sino unos escasos topónimos vascos, lo que significa que esta lengua pudo ser simplemente un idioma minoritario en esos enclaves (o incluso en función de que habría una atracción de gentes de zonas vecinas). No entendemos por qué si hubo expansión medieval no se conservan ahí también nombres vascos, que sí se proyectan en Labastida por ejemplo. Por ello se podría interpretar que desde épocas anteriores el idioma dominante era algún idioma indoeuropeo, luego sustituido por el latín. En conjunto, más que expansión medieval se puede entender emersión medieval, en todos los espacios, incluso también en esos externos. El único espacio especial proclive a interpretarse, aunque no de manera unívoca, como repoblado es el que corresponde con los topónimos de forma "Báscones", que muestran una distribución periférica respecto de la Euskal Herria histórica y un calificativo desde fuera de la comunidad, lo que evidencia un contexto geográfico en el que se desenvuelven estas comunidades no vasco; además de plantear múltiples cuestiones todavía no suficientemente valoradas, entre ellas la de su cronología, dado que el apelativo vascón está en retroceso desde el siglo VIII-IX. Es decir, que parecerían anteriores a la denominada Reconquista.

En todo caso existen una serie de referencias lingüísticas que han conformado la toponimia del País Vasco. Las más cercanas, el romance y el euskera, relativamente discernibles. Las más lejanas, el latín, enmascarado por el romance y el éuskaro, enmascarado por el euskera moderno, además del indoeuropeo, extinto y más difícil de diferenciar. También hay otras minorías lingüísticas en época medieval (occitano, árabe,...) que en cuanto que tales minorías son realmente difíciles de captar en este tipo de testimonio, una buena enseñanza para acercarnos a las lenguas minorizadas en época histórica. La cuestión es adentrarnos en las diacronías y sincronías que se muestran en el espacio y sobre todo en la escala comarcal, esta última totalmente necesaria. El latín vehicula lenguas anteriores, como el indoeuropeo, el ibérico y el éuskaro, o bien lenguas difundidas por la romanización, en cuanto que se producen movimientos de personas sobre todo de regiones a otras y de unas a otras ciudades, de manera especial en los ámbitos de las ciudades, como ponen de manifiesto las inscripciones funerarias (dentro del convento, entre ciudades del entorno,...), movimientos especialmente importantes en algunos casos por efecto de la conquista (así en el caso de los cántabros).

El modelo de interpretación del espacio étnico debe descansar por lo tanto en la articulación de diversas lenguas sobre la precedente, el éuskaro y a

una escala de análisis local. Ir más lejos sería el objeto de otra investigación que, a nuestro juicio, se echa en falta y por lo tanto este apartado queda inconcluso. La cuestión lingüística y espacial depende de la solución que se le de al idioma indoeuropeo y a su expansión. Y parte de una asunción previa que parece demostrada fehacientemente, la existencia en época romana de un idioma vasco antiguo o éuskaro difundido en las tribus de ambas caras norte y sur de los Pirineos. No parece probable que lo existente en el norte no tenga su correlato en el sur a partir de lo que sabemos sobre la manera en que se han estructurado históricamente las comunidades en los Pirineos, aunque es evidente que faltan estudios sobre el área cantábrica. Si los indoeuropeos se proyectan hasta el Neolítico tal como proponen algunas interpretaciones las posibilidades de explicar la supervivencia de la etnia vasca a nuestro juicio se desvanecen, dado que nos parece muy difícil el éxito del idioma de una comunidad cazadora y recolectora y más difícil aún que se pueda extender en un espacio tan amplio como el que tenía en época medieval. Nos parece también imposible en el caso de que se asocie el megalitismo con el fenómeno indoeuropeo, dado que la trama megalítica lo imposibilitaría. Otra cuestión sería identificar el Bronce antiguo y la difusión del campaniforme con el proceso de indoeuropeización, lo que dejaría una etapa suficiente, el neolítico, para la cristalización lingüística del euskera como suma de influencias de pueblos cazadores y productores en un área tan extensa como la que emerge en las épocas romana y medieval.

5. CONCLUSIÓN

El megalitismo se ofrece como la fase desarrollada de la revolución neolítica, en la que entraron comunidades de cazadores inducidos por otras comunidades agropecuarias de su entorno inmediato, en procesos de intensidad desigual en el espacio y el tiempo y cuyas interacciones reales será, en muchos casos, imposible de reconstruir. No es otra consecuencia la que se extrae del mito de la adopción de la agricultura, como robo a una persona, el “basajaun”, perteneciente otra comunidad (Barandiaran, J. M. 1972, 57-58). Y esto es así porque los procesos parecen más sutiles que el registro arqueológico y porque las realidades arqueológicas se ofrecen con facilidad cuando las sociedades ya se han desarrollado plenamente, difuminando cualquier transición anterior. De tal manera que será más difícil de identificar cuanto más rápida sea esa transición. En el Cantábrico, la revolución neolítica estaba plenamente desarrollada en el momento en que se levantan los monumentos en las montañas, el IV milenio a. C., en cifras sin calibrar, (Yarritu, M. J.; Gorrotxategui, J. 1995a). Por otra parte, la pervivencia del idioma éuskaro permite inferir que este formaba parte del bagaje aportado por esos pueblos cazadores o bien fue producto de la propia sociedad neolítica, en cuanto mezcla de diversos orígenes (aunque nuestros datos sobre el idioma sean solamente de época romana e indirectamente prerromana), dado que la intensidad del fenóme-

no megalítico habría borrado o puesto en serio trance de desaparición las lenguas anteriores. Retrotraer el idioma únicamente a los grupos de cazadores recolectores implicaría que habría que explicar por qué no desapareció al hilo del megalitismo, es decir, del empuje neolítico en un área de gran extensión como la que se infiere que ocupaba en época romana.

Esto está en consonancia con la expansión de las lenguas indoeuropeas, que por una lado ha sido paulatinamente retrasada en el tiempo, con lo que implica de influencia sobre las comunidades anteriores. Expansión que desde nuestro punto de vista podría relacionarse con la época campaniforme, precisamente el momento más antiguo de ocupación del poblado de La Hoya, sobre el que se superpone un poblado erigido en el último cuarto del 2º milenio a. C. (A. Llanos 1997). Y precisamente en ese entorno geográfico constatamos una abundancia de topónimos indoeuropeos o latinos, influencia también patente en la onomástica y en los ritos de época romana y una manifiesta debilidad (aunque existen en espacios marginales) de topónimos éuskaros. Nos preguntamos si estos testimonios lingüísticos habría que relacionarlos no con la Edad Media sino con una realidad anterior que emerge en esa época, es decir, en relación con el fenómeno de la indoeuropeización sobre la trama megalítica previa éuskara. Quizá podría también relacionarse con este proceso de imbricación de lo nativo con aportes indoeuropeos el santuario de Solacueva (Kuartango, Alava) con materiales rituales atestiguados desde el 1760 ± 100 hasta época romana y medieval (A. Llanos 1991).

En conjunto, solo una trama megalítica anterior a esos pueblos preindoeuropeos explicaría la posibilidad real de pervivencia de esas comunidades, con diversas estrategias y circunstancias en la escala local, mediante la fragmentación del espacio ante las nuevas comunidades, por destrucción de comunidades previas y por jerarquización de las comunidades antiguas y nuevas, estas imponiendo la organización política sobre aquellas (de lo que sería un exponente la Rioja Alavesa). Este proceso debió posibilitar una cierta organización política que es la que los romanos constatan a su llegada. La pervivencia del idioma y ciertos componentes genéticos parecerían indicar que existió en época megalítica una serie de comunidades organizadas en el espacio en una articulación política elemental, basada en el clan o aldea.

Se puede objetar que se han producido retrocesos y avances de la lengua pero a nivel global no se atestigua sino su retroceso. Eso no quiere decir que la situación lingüística sea unívoca en este espacio. Al revés, aunque se defina un área o ámbito de uso del euskera, debe señalarse que existían en ese ámbito minorías más o menos relevantes de pueblos indoeuropeos. A no ser que los nombres de tipo indoeuropeo sean el primer factor de difusión de la romanización. Por otra parte, los fenómenos históricos se aparecen en el espacio como procesos de desigual densidad en las dos variables, espacio y tiempo. Así el megalitismo, la indoeuropeización y la romanización, el primero de mayor densidad cuanto más hacia el N. y los otros de mayor den-

sidad cuanto más al S. Esto no parece obstáculo para la construcción de identidades étnicas, tal como se observan en las tribus de época romana o en las divisiones altomedievales: el espacio tribal está ocupado por tribus con idiomas distintos.

El espacio en época megalítica se ofrece notablemente ocupado, creemos que totalmente ocupado en horizontal, aunque desde luego no con la densidad de las comunidades rurales medievales o modernas. Este espacio ofrece dos ritmos, en función de la presión de la revolución neolítica, el más antiguo formado por megalitos y el más moderno con ocupación superficial calcolítica y sin dólmenes. Si se identificase megalitismo con indoeuropeización habría que pensar que los espacios con más dólmenes son los que tienen menor toponimia vasca, lo que encaja mal con el hecho de que los grandes espacios megalíticos del centro de Euskal Herria (Aizkorri-Aralar-Entzia-Urbasa) se encuentran integrados en espacios con mucha densidad de toponimia vasca y donde todavía no se ha calibrado la influencia notoria del indoeuropeo; en otros ámbitos con abundantes megalitos, como Karrantza, la toponimia vasca es escasa (aunque real), pero la interpretable como indoeuropea es (casi) inexistente. En la misma línea, la vasquización en la Edad Media de un territorio fuertemente poblado por indoeuropeos es manifiestamente imposible. La estructuración N-S de las comunidades cantábricas ya está presente de manera organizada en el Megalitismo. La densidad de la trama megalítica posibilita la utilización de las vías naturales y la integración de las comunidades en entes superiores étnicos. Estos fueron una traba a la indoeuropeización, proceso suficientemente importante a escala peninsular a tenor de la toponimia y de la difusión de elementos de la cultura material. Sin embargo, la duración y profundidad del fenómeno debió propiciar la integración de las comunidades megalíticas en un área indoeuropea, como consecuencia de conquistas parciales y por vía matrimonial en función de las jefaturas tribales emergentes desde el Calcolítico. Esto dio lugar a una reestructuración del espacio político sobre la base del espacio anterior comunitario o económico, quedando prácticamente configurado, de tal manera que la articulación histórica es consecuencia directa de estas dos etapas anteriores de mayor velocidad de transformación. Los subsiguientes cambios políticos se producirían sobre la combinación de los subespacios de estas comunidades aldeanas de base.

BIBLIOGRAFIA

Índice de abreviaturas y revistas:

- C. A. D.*, *Cuadernos de Arqueología de Deusto*. Universidad de Deusto. Bilbao.
E. A. A., *Estudios de Arqueología Alavesa*. Diputación Foral de Alava. Vitoria-Gasteiz.

Isturitz. Cuadernos de Sección Prehistoria-Arqueología. Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos. Donostia-San Sebastián.

Kobie. Diputación Foral de Bizkaia. Bilbao.

Munibe. Sociedad de Ciencias Aranzadi. Donostia-San Sebastián.

T. A. N. , Trabajos de Arqueología Navarra. Gobierno de Navarra. Pamplona.

Veleia. Universidad del País Vasco. Vitoria-Gasteiz.

Repertorio de citas:

ALTUNA, J. ; MARIEZKURRENA, K.; ARMENDARIZ, A.; BARRIO, L. DEL; UGALDE, TX.; PEÑALVER, J.,

1982 Carta arqueológica de Guipúzcoa. *Munibe* 34, 1-242.

ALTUNA, J. ; ARMENDARIZ, A.; BARRIO, L. DEL; ETXEBERRIA, F.; MARIEZKURRENA, K.; PEÑALVER, X.; ZUMALABE, F. J.

1990 Guipúzcoa. K/Carta arqueológica/koa. Megalitos/ak. *Munibe*, supl. 7.

APELLÁNIZ, J. M.

1973 Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional. *Munibe*, supl. 1, 366 pp. + 1 mapa.

1975 El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica. *Munibe* 27, 1-136 pp.

BARANDIARAN, Ignacio

1987 Los estudios sobre antropología prehistórica en el País Vasco. *Veleia* 4, 7-50.

BARANDIARAN, Ignacio; VALLESPÍ, E.

1980 Prehistoria de Navarra. *T.A.N.* 2, 1-241 pp.

BARANDIARAN, José Miguel

1953 *El hombre prehistórico en el País Vasco.* Buenos Aires: Ed. Vasca Ekin, 267 pp.

1972 *Diccionario ilustrado de mitología vasca. Obras Completas*, 1, 452 pp. Bilbao: Ed. La Gran Enciclopedia Vasca.

1974 *Obras Completas.* Bilbao: Ed. La Gran Enciclopedia Vasca.

1981 De mis recuerdos de D. Enrique de Eguren y Bengoa. *E. A. A.* 7-18 <apéndice de E. Eguren Zubigaray>.

BARANDIARAN, Luis

1976 *José Miguel de Barandiarán. Patriarca de la cultura vasca.* San Sebastián: Caja de Ahorros Municipal, 263 pp.

BALPARDA, G.

1974 *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros*. Bilbao: Caja de Ahorros Municipal, t. 1, 512 pp., t. 2, 577 pp.

BRAUDEL, F.

1974 *La Historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 222 pp.

CARO BAROJA, J.

1973 *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica (Análisis histórico-cultural)*. San Sebastián: ed. Txertoa, 307 pp.

1980 Sobre los pueblos de Aquitania y su relación con los vascos. En: *Hª General del País Vasco*, t. 2. Bilbao-San Sebastián: ed. La Gran Enciclopedia Vasca-L. Haranburu editor. , 219-259 pp.

CAVALLI -SFORZA, L. L.

1988 The basque population and ancient migrations in Europe. *Munibe*, supl. 6, 129-137.

1997 *Genes, pueblos y lenguas*. Barcelona: ed. Crítica, 235 pp.

CIERBIDE, R.

1985 Consideraciones históricas en torno a la toponimia de la Rioja alavesa. En: *La formación de Alava. 650 aniversario del Pacto de Arriaga (1332-1982)*, 1. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava, 165-179 pp.

ESCÁRZAGA, E.

1927 *Avellaneda y la Junta General de Las Encartaciones*. Bilbao, 211 pp.

FERNÁNDEZ BEGUE, R.

1996 *Galdames. Estudio histórico-artístico*. Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia, 317 pp.

GARCÍA Y BELLIDO, A.

1947 *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*. Madrid: Espasa Calpe S. A., 295 pp.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A.; DÍEZ, C.

1982 *La formación de la sociedad hispano-cristiana del Cantábrico al Ebro en los siglos VIII a XI. Planteamiento de una hipótesis y análisis del caso de Liébana, Asturias de Santillana y Trasmiera*. Santander: Librería Estudio, 229 pp.

GARCÍA DE SALAZAR, L.

1967 *Las Bienandanzas e Fortunas*. Bilbao, 4t.

GOICOETXEA, A.

1985 *Telesforo de Aranzadi. Vida y obra*. San Sebastián: Sociedad de Ciencias Aranzadi, 231 pp.

GORDON CHILDE, V.

1974 *Los orígenes de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 291 pp.

GORROCHATEGUI, Joaquín

1984 *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 384 pp. + 3 mapas.

GORROCHATEGUI, Javier; YARRITU, M. J.

1980 Catálogo de talleres y manifestaciones funerarias (dólmenes, túmulos, cronlechs y menhires) del Bronce y Hierro en el E. de Santander. *Kobie* 10, 449-495.

1984a Carta Arqueológica de Vizcaya. Segunda parte: materiales de superficie. *C. A. D.* 9, 232 pp.

1984b La prospección arqueológica durante 1981-82 en Vizcaya. *Isturitz* 2, 139-169.

1984c Prospecciones arqueológicas en Vizcaya durante 1983. *Isturitz* 2, 173-219.

1990 El complejo cultural del Neolítico final-Edad del Bronce en el País Vasco cantábrico. *Munibe* 42, 107-123.

1997 Ilso Betaio (Enkarterria, Bizkaia) kalkolitiar mendiko herriskaren "Ilsondokoia 3"e txola-ondoari buruzko indusketa arkeologikoa: ikerketa prozesua, egiturak eta harrizko tresnak. *Kobie* 24, 5-32.

GORROCHATEGUI, P. M.; GORROCHATEGUI, Javier

1974 Noticia de nuevas construcciones megalíticas en las provincias de Santander y Vizcaya. *Kobie* 5, 21-28.

GORROTXATEGI, Xabier; YARRITU, M. J.; KANDINA, M.; SAGARDUY, M. J.; IRIARTE, M. J.; ZAPATA, L.

1999 El poblado de montaña calcolítico al aire libre de Ilso Betaio (Bizkaia). Estructuras de habitación, materiales arqueológicos, estudio palinológico y antracológico. *Isturitz* 10, 3-204.

GOYHENETCHE, M.

1999 *Historia General del País Vasco. Prehistoria-Época Romana-Edad Media*. Estella: Txartalo Argitaletxea, 492 pp.

GUITIÁN, L.

1993 Sistemas de utilización del espacio y evolución del paisaje vegetal en las sierras orientales de Lugo. En: *La evolución del paisaje en las*

montañas del entorno de los caminos jacobeos. Xunta de Galicia, 211-224. pp

HODDER, I.; ORTON, Cl.

1990 *Análisis espacial en arqueología*. Barcelona: Editorial Crítica, 295 pp.

HUMBOLDT, W. VON

1973 *Los vascos. Apuntaciones sobre un viaje por el País Vasco en primavera del año 1801*. San Sebastián: ed. Auñamendi, 189 pp.

IRIGOYEN, A.

1991 Las lenguas de los vizcainos: antroponimia y toponimia medievales. En: *Congreso de Estudios Históricos, Vizcaya en la Edad Media*. San Sebastián: Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos, 201-249 pp.

KNÖRR, E.

1985 Para una delimitación etno-lingüística de la Alava antigua. Ensayo de cartografía a partir de pruebas toponímicas. En: *La formación de Alava. 650 aniversario del Pacto de Arriaga (1332-1982)*, 1. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava, 489-541 pp.

LÓPEZ, M.

1975 *Valle de Carranza*. Bilbao, 251 pp.

LLANOS, A.

1991 Excavaciones en la cavidad de Solacueva de Lakozmonte (Jócano, Alava), campañas de 1980-81. *Isturitz* 4, 121-155.

1997 La Edad del Hierro en Vasconia. *Isturitz* 7, 37-45.

LLANOS, A. ET ALII

1987 *Carta Arqueológica de Alava (hasta 1984)*. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava, 459 pp.

MADINABEITIA, J.

1979 *El libro de Amurrio*. Vitoria: Diputación Foral de Alava, 45 pp.

MARTIN, I.; ZUBIZARRETA, A.

1991 Actuaciones arqueológicas en el municipio de Bilbao, 1989. *Isturitz* 4, 157-195.

MEAZA, G.

1994 El medio natural. En: *Gran Atlas Histórico del Mundo Vasco*. Bilbao: El Mundo del País Vasco, 1-16 pp.

MICHELENA, L.

1966 La lengua vasca y la Prehistoria. En: *IV Symposium de Prehistoria Peninsular*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 271-285 pp.

OJANGUREN, P.

1999 *Orozko en la Baja Edad Media*. Bilbao, 179 pp.

PEÑALVER, X.

1987 Mulisko Gaineko indusketa arkeologikoa. Urnieta-Hernani (Gipuzkoa). *Munibe* 39, 93-120.

RENFREW, C.

1986 *El alba de la civilización. La revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica*. Madrid: Ediciones Istmo, 306 pp.

SARATXAGA, A.

1998 *Carranza. Estudio histórico-artístico*. Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia, 625 pp.

SAYAS, J. J.

1994 *Los vascos en la Antigüedad*. Madrid: Cátedra, 455 pp.

SEGURA, S.

1997 *Mil años de historia vasca a través de la literatura greco-latina (De Aníbal a Carlomagno)*. Bilbao: Universidad de Deusto, 293 pp.

URIBARRI, J. J.

1975 *El fenómeno megalítico en la provincia de Burgos*. Burgos: Institución Fernán González, 103 pp.

URZAINQUI, A.

1990 *Comunidades de montes en Guipúzcoa: las parzonerías*. San Sebastián: Universidad de Deusto, 373 pp.

V.V.A.A.

1996 *Vegetación de la Comunidad Autónoma del País Vasco*. Vitoria-Gasteiz: Eusko Jaurlaritz-Gobierno vasco, 361 pp.

VEGAS, J. I. ET ALII

1999 *El enterramiento neolítico de San Juan Ante Portam Latinam*. Vitoria-Gasteiz, Diput Foral de Alava, 129 pp.

VILLAR, F.

2000 *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana. Las poblaciones y las lenguas prerromanas de Andalucía, Cataluña y Aragón según la información que nos proporciona la toponimia*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 487 pp.

YARRITU, M. J.; GORROCHATAGUI, J.

1995a El megalitismo en el Cantábrico oriental. Investigaciones arqueológicas en las necrópolis megalíticas de Karrantza (Bizkaia), 1979-1994. La necrópolis de Ordunte (Valle de Mena, Burgos), 1991-1994. *Isturitz* 6, 155-198.

1995b El poblamiento al aire libre durante el Neolítico y el Calcolítico en el Cantábrico Oriental. Los poblados de Zalama, Ordunte (Valle de Mena, Burgos) e Ilso Betaio (Garape-Artzendariz, Enkarterria, Euskal Herria). *Isturitz* 6, 199-250.

1995c Memoria sobre la 6^a campaña de excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de Cotobaserro-Basorogane. Dolmen de La Boheriza 2 (Karrantza, Enkarterria), 1992. Proyecto Mendebalde, programa sobre megalitismo. *Kobie* 22, 5-57.

1999 “La Cabaña 4” trikuharrian burututako azterketa arkeologikoari buruzko txostena, Karrantza, 1979-1982. Egiturak eta material arkeologikoak. *Isturitz* 10, 206-233. En: YARRITU, M. J.; GORROCHATAGUI, J.; ZAPATA, L.; IRIARTE, M. J. Investigación interdisciplinar del dolmen de La Cabaña 4 (Karrantza, Bizkaia), *Isturitz* 10, 205-245.

ZUBIZARRETA, A.

1995a La estación megalítica de Artxanda (Bilbao, Bizkaia). Excavación del dolmen de Hiumugarrieta 2. *Isturitz* 6, 259-276.

1995b Excavación arqueológica en el dolmen de Hiumugarrieta 2 (Bilbao, Bizkaia). *Kobie* 22, 63-76.